

Título: *Guía de Son Real*

© **IBANAT**

Primera edición: 2008

Segunda edición: 2023

Textos:

Carlos Garrido

Fotografía:

Montse Furment / Carlos Garrido

Coordinación y maquetación original:

Abril Cultura

Actualización edición 2023:

Mariona Forteza

DL: PM 366-2008



Guía de **Son Real**

ÍNDICE

Presentación	7		
Prólogo	8		
Introducción	11		
1. Las casas	17		
La llegada	18		
Las <i>parets seques</i>	18		
El nombre de Son Real	21		
<i>Las possessions</i>	22		
Las casas	24		
<i>Canciones populares en referencia a Son Real</i>	28		
La Casa Nova	28		
Es Figueral de Son Real	30		
Alrededores de las casas	34		
<i>Fases de la prehistoria</i>	38		
El poblado	38		
El aljibe	43		
<i>El porc negre</i>	44		
Porquerizas	45		
2. La Finca	47		
Los caminos	48		
<i>La caza en Son Real</i>	49		
Itinerario 2. El Camí de s'illa des Porros	50		
<i>Carboneras y Es metro</i>	55		
Itinerario 3	56		
Sa Talaieta	58		
Restos arqueológicos	59		
<i>La naturaleza de Son Real</i>	60		
Antiguas canteras de arena	61		
3. La Costa	65		
La punta des Patró	66		
<i>Arena</i>	73		
<i>Algars</i>	74		
<i>Posidonia</i>	75		
Las torres de enfilación	77		
La Cova de davant s'Illot des Porros	79		
<i>Los sepulcros megalíticos</i>	81		
El sepulcro megalítico	82		
S'Illot des Porros	85		
		47	
			89
			91
			94
			95
			96
			103
			111
			113
			115
			117
			118
			125
			126

PRESENTACIÓN

Miquel Mir Gual

Conseller de Medio Ambiente y Territorio
Govern de les Illes Balears.

Adentrarse en la finca pública de Son Real es hacer un viaje en el tiempo. Un viaje que va desde la Prehistoria hasta nuestro pasado más reciente, en un entorno natural, paisajístico, etnológico y patrimonial envidiable. Las *possessions*, los yacimientos arqueológicos, el mar y el medio agrario, el forestal, e incluso vestigios del industrial, se dan la mano en este idílico espacio, del que se puede disfrutar durante todo el año.

Todos estos valores fueron los que impulsaron al Govern de les Illes Balears, en 2002, a adquirir la finca, situada en el municipio de Santa Margalida y que ocupa una extensión de 395 hectáreas, con el objetivo de hacer compatible la conservación con el uso público.

Son Real es un escenario idóneo para conocer, sentir y revivir nuestra historia. Lo hace a partir de restos arqueológicos pretalayóticos, o de las posesiones medievales que nos transportan a la vida eminentemente agraria y ganadera de la Mallorca anterior a la turistización. Lo hace a través de las cuevas, de las canteras de arena y piedra que han modificado su orografía, de las torres de enfilación, de la naturaleza, del myotragus. El centro de interpretación y el museo nos ayudan a descodificar este pasado y el refugio nos invita a alargar nuestra estancia para descubrir, paseando y disfrutando del entorno, las huellas que la presencia humana en la finca ha ido dejando desde hace más de 4.500 años.

Los valores de Son Real los encontraréis, detallados, en las páginas siguientes, en la reedición de esta completa guía que ha impulsado el Institut Balear de la Natura (Iba-

nat), quien gestiona y lleva a cabo tareas de mejora de la finca pública, promueve la investigación y el estudio arqueológico, así como la restauración de los elementos patrimoniales y etnológicos que hacen de este enclave un lugar tan especial.

Os invito a seguir leyendo para descubrir los secretos de Son Real, de los cuales solo os he hecho un ligero esbozo, pero, sobre todo, os invito a visitar y vivir Son Real, a participar en las actividades que se llevan a cabo y a respirarla, vivirla y transportarnos a un tiempo y a un lugar que, pese a estar rodeado por una de las zonas más turísticas de Mallorca, mantiene y hace valer su esencia.

PRÓLOGO

Antoni Mas

Bisnieto de los carboneros de Son Real.

Antaño, Son Real, el antiguo Rafal d'en Rubert, no era como cualquier otra *possessió*. Y no porque tuviera tierras muy fértiles, de hecho, la mayor parte de ellas eran tierras de secano a las que se podía extraer poco rendimiento, ni porque fuera la más frecuentada por los campesinos del lugar; me atrevería a decir que incluso era todo lo contrario porque, hasta hace relativamente poco tiempo, el mar era una fuente de peligros. No obstante, esto no significa que Son Real no fuera una *possessió* como las otras, ni que no fuera una gran *possessió*. Tanto es así que era la más extensa de todo el término municipal con cerca de 2.000 *quarterades* o más exactamente 1.896 (unos 14.000.000 m² aproximadamente) si no son erróneas las estimaciones de finales del S. XIX. Había unas casas que mostraban, y aún la recuerdan, la importancia tanto de la explotación agrícola como de la jerarquía social que en ella se establecía. Era una estructura escalonada que tenía en su punto más alto a los señores que vivían habitualmente en la ciudad, por debajo de ellos estaban los *amos* o mayores i en los escalones más bajos, todo un repertorio de asalariados fijos (como los *missatges*) y temporales (como los jornaleros que se contrataban en la época de la siega). Esto sin contar a los arrendatarios, como los *roters* que se esforzaban para sacar algún provecho y convertir en cultivables las peores tierras de Son Real o como aquella gente que iba a talar pinos para trabajos de carpintería o a buscar leña para quemar los hormigueros que constituían una molestia y una amenaza para los cultivos. Incluso hubo carboneros como aquella familia de Mancor que, en los difíciles tiempos de la posguerra, cuando todo era escasez, se

esforzaron, y lo consiguieron, por hacer carbón de pino en la *possessió*. Pero Son Real siempre tuvo algo especial que la diferenciaba claramente del resto de *possessions*. Esto sucedía, estoy seguro, por ese aire misterioso que siempre ha tenido y que le venía por diferentes motivos y que se concentraba en las leyendas que contaba la gente mayor. Para empezar, en Son Real estaba el mar. Un mar que, como ya he dicho, fue durante siglos una fuente de peligro, no sin motivo la parte más antigua de las casas de la *possessió* es una torre de defensa. Los hombres de Santa Margalida eran los encargados, desde la Edad Media, de hacer las guardias de mar en Son Real con la finalidad de poder advertir de la llegada de piratas, corsarios o naves enemigas. Lo hicieron hasta el S. XIX, concretamente y entre otros lugares en la cueva que hay delante de L'illa des Porros, una antigua cueva de enterramiento prehistórica. Era la única que podía ofrecer un cobijo relativamente cómodo y protegido a aquellos hombres que trataban de divisar las embarcaciones que se adentraban en la bahía y que, en ocasiones, causaban muchos perjuicios con sus incursiones en los pueblos y *possessions* más modestas. Más adelante, durante el S. XIX, en este lugar, cerca de la misma cueva i de L'illa des Porros, hubo un cuartel que, probablemente porque el peligro se iba diluyendo paulatinamente, fue abandonado. Debió ser ese mismo motivo, porque había remitido el miedo a aquel mar desconocido, la causa de que la gente empezara a frecuentar más la marina de Son Real. Eran hombres que iban a extraer piedra caliza de las canteras de la misma orilla del mar, campesinos que iban a buscar alga para abonar los cultivos y, además, una gente que encontró

otra utilidad al mar y a la cada vez más relativa soledad del lugar: eran los contrabandistas. Entonces, a finales del S. XIX y la primera mitad del S. XX, el contrabando —primordialmente de tabaco— fue una fuente de ingresos complementarios para muchas familias de Santa Margalida y también una de las bases de las fortunas que se amasaron en el pueblo. Se decía que la mitad del pueblo se dedicaba al contrabando. Las personas mayores contaban que Son real estaba lleno de lugares secretos y escondites de los contrabandistas. Algunos de ellos están tan bien contruidos como la Cova des contrabandoy los entendidos no saben si se trata de una cueva prehistórica modificada o si es una obra nueva hecha por los contrabandistas. Incluso cuentan que el interés de la gente de Santa Margalida por mantener en buen estado el camino público Des Quarter o de S'illa des Porros —el que arranca junto a las casas— tenía como principal motivo facilitar aquella actividad que se había convertido en un complemento importante para la economía de las familias campesinas de Santa Margalida. Por si todo esto no fuera suficiente, Son Real había sido escenario de sucesos extraños o extraordinarios; desde gente que se ahogaba y cuyos cuerpos no se podían recuperar hasta transcurridos unos días hasta leyendas que hablan de una piedra humeante que impacto contra el mar. El acontecimiento más importante que sobrepasa con creces la categoría de anécdota es el que ocurrió el año 1.348 cuando la primera víctima de la peste negra de Mallorca, el vecino de Alcudia Guillemó Brassa, fue enterrado por sus vecinos y sin autorización en l'illot des Porros. Los hombres de Santa Margalida, quizá advertidos por el encargado de montar guardia en la cueva, lo supieron rápidamente y fueron a presentar sus protestas al gobernador quien dio orden de desenterrar el cadáver y enterrarlo en Alcudia.

Seguramente como consecuencia del traslado del cadáver, que debió contar con la presencia de muchos habitantes de Alcudia y Santa Margalida, se produjo aquello que tanto unos como otros trataban de evitar: el contagio de la peste, una enfermedad tan feroz que se llevó consigo a prácticamente la mitad de la población de los dos municipios.

El Rafal d'en Rubert, así era conocido Son Real tomando el nombre de uno de sus primeros poseedores, Robert de Bellveí, se había convertido de manera inesperada en el escenario de una historia estrambótica con un final muy triste. La despoblación del lugar —donde la densidad de población no llegaba a una familia por kilómetro cuadrado— debió de hacer de este sitio un paraje aún más desolado, incluso cuando lo adquirió durante la segunda mitad del S. XIV, un vecino de Selva: Real Moja, que poseyó la finca durante relativamente poco tiempo y que, sin proponérselo y probablemente a causa de la extrañeza de su nombre, acabó por dar su nombre a aquella gran *possessió*. Pero aparte de este hecho —no precisamente insignificante— Son Real era, es y será conocida por el riquísimo patrimonio arqueológico que atesora y, por encima de todo, por las necrópolis talayóticas de Son Real —el conocido en Santa Margalida como Cementen des Fenicis— y el de L'illa des Porros. Quien quiera conocer este patrimonio, quien quiera conocer Son Real podrá hacerlo leyendo las páginas que siguen, en ellas descubrirá una descripción minuciosa, detallada, rigurosa y, cualidad tan o más importante que las anteriores, asequible y sugerente, escritas por la persona —y estoy plenamente convencido de lo que diré— que más conoce y ama a Son Real: Carlos Garrido. Es suficiente con leer estas páginas para percatarse de ello. Enhorabuena Carlos y, sobre todo, gracias por todos estos años de trabajo.



Vista aérea de la Finca de Son Real.

INTRODUCCIÓN UNA VISITA A SON REAL

Si el viajero de nuestros días pudiese asomarse a la ventana del pasado, se asombraría al contemplar el antiguo paisaje de la bahía de Alcúdia. Para empezar, gran parte de lo que hoy es una gran zona turística consistía en marismas y humedales. La albufera de Muro es el último reducto de una gran zona húmeda que se extendía por gran parte de la costa, con zonas inundadas, cañizares y matorral.

Al mismo tiempo, la utilización de la madera como recurso tanto para la construcción como para alimentar el fuego de los hogares suponía una deforestación permanente. En tiempos prehistóricos y romanos, los bosques serían mucho más escasos que hoy en día. Y se contemplarían amplias zonas sin vegetación de altura, con la impresión de llanura mucho más acusada.

El territorio de la bahía de Alcúdia era por lo tanto favorable para la caza, la obtención de agua y también para la navegación. Pero pobre desde el punto de vista agrícola y no excesivamente útil para la ganadería. Sin embargo,

esta zona jugó un papel muy importante en la historia de Mallorca. Su accesibilidad marina propició probablemente los contactos con Menorca durante la época prehistórica. También los navegantes semitas o griegos utilizaron posiblemente esta bahía como lugar de paso, aunque no hay testimonios que lo rubriquen. En los tiempos romanos, Pollentia fue una ciudad orientada hacia el mar, ya que desde allí se alcanzaba con facilidad la península Itálica.

Eso explica la abundancia de restos arqueológicos, y también la riqueza del patrimonio artístico y etnológico. En la actualidad, el turismo se ha concentrado en unas zonas muy concretas: Alcúdia, la Platja de Muro, Can Picafort, Son Serra de Marina. Pero quedan todavía reductos donde el tiempo parece no haber pasado. Como la llanura interior que se encuentra entre Can Picafort y Artà, con grandes *possessions* y un paisaje de cultivos, monte bajo, caminos solitarios. Nombres como Son Real, Son Serra de Marina, Son Marí, nos evocan esa imagen de antiguas casas, grandes territorios de caza, y restos arqueológicos que atestiguan una continuidad en el poblamiento.

Son Real, situada casi a la mitad del arco de la bahía, es una finca poblada sin discontinuidad desde la prehistoria

más remota hasta nuestros días. En ella hay restos de presencia humana de hace 4.500 años, a los que se superponen otros de época pretalayótica (unos 4.000 años), talayótica (hace 3.000 años), romana (algo más de 2.000 años), islámica, medieval y de nuestros días. Como hábitat, Son Real tiene una gran ventaja. Se trata de una finca muy poco modificada desde los comienzos del siglo XX. Milagrosamente, dada su cercanía al centro turístico de Can Picafort, ha conservado unos valores etnológicos, paisajísticos y arqueológicos de primer orden. Hasta el punto de que no encontraríamos una *possessió* con un capital de tanta envergadura en toda Mallorca.

Una visita a Son Real nos aporta diferentes conocimientos. En primer lugar, evoca la vida en las *possessions* durante siglos, cuando estas fincas rurales eran pequeñas aldeas de una población permanente. El aspecto etnológico es muy interesante. Ofrece por supuesto un catálogo de yacimientos arqueológicos de todas las épocas, con monumentos únicos en toda Mallorca como la necrópolis de la Punta des Fenicis. También conserva varias canteras de piedra, que nos ilustran sobre la dureza de ese trabajo, y que constituyen un extraño paisaje lleno de planos inclinados y una torturada geometría. Otro apar-

tado interesante es la arena. Aquí podemos contemplar playas donde la arena se va formando a partir de la fragmentación de conchas y restos orgánicos. Algo más allá, admiramos grandes dunas fósiles, convertidas después en bosque. Y también podemos conocer viejas canteras de arena hoy abandonadas.

El bosque y la zona de matorral de Son Real nos ilustran sobre la flora y la fauna de estos ecosistemas. Y podemos visitar el Torrent de Son Bauló, otro tipo de hábitat natural con sus propias características. Todo ello con el cuidado y la supervisión que supone el ser una propiedad pública. Con rutas para excursiones, un refugio y salas de exposición.

Son Real representa la Mallorca perenne, la que subyace a los diferentes momentos históricos o sociales. Y no sólo por cuanto podamos descubrir en ella relacionado con la naturaleza o la historia, sino sobre todo por el factor humano.

Lo que emociona al hombre actual es escuchar, aunque sea de una forma indirecta, la voz de sus antepasados. La huella de los hombres que vivieron en mundos bien distintos al actual, pero que siguen en cierto modo ahí, que son perceptibles. Y nos hablan no sólo de su tiempo, sino también de nosotros mismos.

En un mundo como el nuestro, cuando todo parece inventado y descubierto, queda una aventura por cumplir: la aventura del pasado. Consiste en escuchar ese legado de otros tiempos y dejarlo resonar en nuestro interior. Porque en alguna parte de nosotros, seguimos siendo aquel hombre antiguo. Y reconocernos en él nos produce una profunda emoción.

En Son Real, la arquitectura de las casas nos cuenta cosas de una cultura ya desaparecida: la vida en la *possessió*. Los oficios perdidos, las herramientas, las canciones, la forma de relacionarse. Un complejo que se mantuvo durante siglos pero que la modernidad turística y tecnológica arrinconó hace apenas cuarenta años. Hoy, la gente que conoció esa existencia es ya muy mayor. Y dentro de poco tendremos que buscar ese testimonio en lugares como Son Real, donde podemos reconstruir los trabajos y los días en una *possessió* gracias a detalles como el banco para sentarse en la *clastr*, los *sestadors* para las ovejas, las barracas en medio de la *garriga*, los rincones para cazar, las cuevas de los contrabandistas...

Pero si nos vamos más lejos, también escuchamos el murmullo de los ancestros en las grandes ruinas prehistóricas. Monumentos funerarios que supusieron un



Centro de interpretación de Son Real.

considerable esfuerzo social, verdaderos homenajes a los muertos. Paseando por esos paisajes que conservan todavía todo su telurismo y su magia, es posible imaginar una procesión funeraria, las músicas, las plañideras, las ofrendas, y al fondo el mismo mar, el decorado de las montañas de Alcúdia y el cercano Cap de Ferrutx.

Son Real es el mejor ejemplo de esos lugares que parecen pequeños cuando se recorren de forma apresurada. Pero que van adquiriendo dimensión, profundidad y extensión, a medida que se conocen. Es una invitación para un viaje exterior pero también interior. Nos permite conocer el alma de Mallorca, desde la antigüedad hasta la sociedad rural y preturística.

Hemos dividido esta guía en tres apartados. El primero está dedicado a las casas y sus alrededores. A través del segundo se puede visitar el interior de la finca, circulando por los itinerarios abiertos. El tercero es el recorrido de la costa que incluye sin duda los monumentos más enigmáticos e interesantes, en su parte final engancha con el camino de Es Cremat. Finalmente, la parte más alejada de las casas donde se halla el Torrent de Son Bauló.

Nuestra recomendación consiste en emplear más de una jornada para conocer Son Real. La primera visita puede

realizarse a la *possessió*, con el centro de interpretación y el cercano complejo arqueológico del Figueral de Son Real. Un paseo por el Camí del Illot des Porros supone atravesar el bosque y llegarse hasta el mar. Para una segunda jornada resulta interesante salir del Torrent de Son Bauló, al final del núcleo turístico de Can Picafort, para seguir el borde del mar y visitar los yacimientos arqueológicos. Eso permite una perspectiva diferente.

En caso de disponer de poco tiempo, lo imprescindible se reduce a la *possessió*, el centro de interpretación y la necrópolis de la Punta des Fenicis. Una excursión de media jornada.

En todo caso hay que seguir los caminos indicados y debemos ser respetuosos tanto con el entorno natural como con los monumentos prehistóricos.



1. Las casas



Entrada a la finca pública de Son Real.

La llegada

El acceso a la finca de Son Real se encuentra entre los puntos kilométricos 17,6 y 17,7 de la carretera Ma-12 de Can Picafort a Artà. La entrada se halla en el lado norte de una extensa recta. Dos **poyos** coronados por sendas bolas de piedra marcan el acceso, desde allí un camino conduce hacia las casas de la *possessió* que se observan a unos 200 metros.

Son Real fue hasta hace 25 años la finca rústica más grande del término municipal de Santa Margalida, al que pertenece. La extensión originaria superaba las 1.000 hectáreas, de las que luego se segregó la propiedad contigua de Es Revellar (hacia el este). En 1991 el Parlament de les Illes Balears declaró la zona como Área Natural de Especial Interés por sus valores naturales, etnológicos y arqueológicos. En 2002 el Govern balear adquirió una parte de la finca, la que se encuentra entre la carretera y el mar. La otra sigue en manos de los antiguos propietarios. En total, son 395 hectáreas de uso público que corresponden a las edificaciones de la *possessió*, las zonas de cultivo, los bosques, así como las zonas limítrofes al torrente y la costa.

Las 'parets seques'

Nada más entrar en la finca, vemos los primeros elementos de interés. Por ejemplo, las dos **bolas de piedra** que marcan la entrada. Se trata de un elemento arquitectónico de tipo señorial que fue muy utilizado en los siglos XVIII o XIX para marcar los accesos a las *possessions* y que volvemos a encontrar más adelante en la Casa Nova. Era común importar al mundo rural detalles urbanos como éste, para dar categoría a las construcciones.

El camino de acceso también nos permite contemplar una de las muchas muestras de **paredes de 'pedra en sec'**, o piedra sin trabazón, que caracterizan la finca. Este tipo de técnica, muy antigua y laboriosa, adquiere en Mallorca cotas de gran complejidad. De hecho, las Baleares son uno de los enclaves mediterráneos más destacables por este tipo de aprovechamiento de la piedra. Concretamente, en el muro que tenemos a la derecha podemos apreciar la diferencia entre lo que es la pared, con piezas colocadas de forma más o menos arbitraria, y la hilada superior que la cierra de forma bien ordenada. La tradición tiene diferentes nombres para designarla: *filada de dalt* (hilera de arriba), *igualada*, *encadenat*, *coro-*





Pared de *pedra en sec* a la entrada de la finca.

na o *enqueixalat* por su analogía con una dentadura (de *queixal*, muela). Esta parte superior está muy bien acabada y dispuesta en forma de espiga.

En la misma pared podemos apreciar los restos de dos *botadors*, unos esquemáticos escalones hechos con lajas insertadas en la pared, que servían para salvarla; así como una rústica escalera en su parte final. El hecho de que ya nos encontremos en territorio arqueológico explica que bastantes piedras sean de gran tamaño, procedentes del poblado talayótico. Incluso se distingue algún antiguo molino prehistórico utilizado después como pieza de relleno. Esta pervivencia de las grandes losas que formaban las construcciones prehistóricas será una constante en las *parets seques* inmediatas a las casas.

Cerca del portal que da acceso a este cercado se puede contemplar en la pared una antigua esquina, luego anulada para continuar la pared. Eso se corresponde con los restos de un muro perpendicular al camino que se aprecia en medio del solar, probablemente el primer muro de cierre.

En el campo de cultivo o *sementer* situado delante de las casas se distingue una acequia. Allí se encuentra el pozo

de la finca, de una profundidad considerable y que proporciona tanto agua dulce como salada, según el nivel. Curiosamente, cuando la acequia ha conservado agua salada han llegado a criarse pequeñas gambas, que los pescadores venían a recoger como cebo.

El nombre de Son Real

Lo primero que sorprende al visitante es el propio nombre de Son Real, que muchos relacionan incorrectamente con una estirpe real. Historiadores como Antoni Mas i Forners y Antoni Gili Ferrer han estudiado los orígenes. Las primeras menciones históricas son del siglo XIV, cuando la zona se conocía como Marina d'en Robert. Ya entonces existía una casa, puesto que en 1356 los propietarios se quejaron de que los vecinos de las inmediaciones dejaban cerdos en estas tierras, que luego se asilvestraban. En aquel tiempo era una zona muy despoblada, de bosques, marismas y mucha caza.

El nombre de la finca cambió a partir de un personaje: Real Mòger i des Colomers. Era descendiente de uno

de los caballeros que participaron en la conquista de Mallorca con Jaume I, y recibió en herencia esta zona en 1398. Probablemente el nombre Real llamó la atención de la gente de Santa Margalida, de forma que la finca pasó a conocerse como la Marina d'en Real Mòger y de ahí a Son Real.

Todo este término de Santa Margalida correspondió al distrito islámico de Hiachat. Tras la conquista, los dominios pasaron al Comte d'Empúries. La villa de Santa Margalida recibió esa denominación en recuerdo del monasterio del mismo nombre situado en las cercanías de Empúries, en el Alt Empordà (Girona).

En la segunda parte del siglo XV la finca aparece dividida en dos alquerías, que luego volvieron a juntarse al pasar a manos de la familia Font. La existencia de *cases i molí de sang* ya está atestiguada en 1566. En el siglo XIX pasó a manos de la familia Morell, que la mantuvo hasta que se vendió al Govern balear.



Las 'possessions'

El término *possessió* equivale al *lloc* menorquín, la *masia* catalana, el cortijo andaluz, el caserío vasco o el cigarral castellano. Son fincas rurales de extensión considerable, con unas edificaciones que sirven tanto de vivienda como para usos productivos. El término aparece en Mallorca a partir del siglo XIV, antes se empleaba la palabra de origen árabe *alquería*, que designaba en tiempos islámicos una explotación rural de tipo clánico. Las *possessions* eran centros de producción agrícola, herederas del concepto de las *villae* romanas. Como éstas, tenían una *pars urbana* o residencial y otra *rustica* dedicada a los trabajos del campo.

La ubicación de muchas *possessions* coincide con los antiguos poblados prehistóricos. No en vano se buscan casi siempre unas mismas condiciones: una cierta elevación, suelo rocoso para que los cimientos sean firmes, terreno rico en agua, situación protegida del viento, buena orientación solar. Al contrario de lo que ocurre en la actualidad, entonces se estudiaba cuidadosamente la

futura disposición de los edificios antes de empezar una lenta y costosa construcción.

La arquitectura de la *possessió* era en sus orígenes bastante sencilla. En muchos casos tenían un carácter fortificado, como ocurrió al principio con Son Real. Fue a partir de los siglos XVII y XVIII cuando se introdujo el gusto señorial en las fincas rurales, con signos de prestigio como grandes patios, escaleras de honor o arcadas.

La estructura básica de una *possessió* consistía en un camino de acceso, muchas veces arbolado, un *portal forà* más o menos monumental, y una *carrera* o espacio exterior empedrado que delimita la fachada. La disposición de muchas de estas fincas se organizaba a partir de un patio central o *clastra*, que podía estar totalmente cerrado o no, y adonde daban tanto la casa de los *senyors* como las habitaciones de los *amos* y de los trabajadores, lo mismo que lugares de trabajo como la *tafona* (almazara), el molino, los establos, etc. Era común que en el medio de la *clastra* se colocase la boca de la cisterna, como ocurre en Son Real. Las grandes *possessions* tenían casi siempre una alta palmera o un *lledoner* (almez) que caracterizaba su silueta.

Una *possessió* suponía la existencia de una estructura social estamentada. Los propietarios pertenecían en la mayor parte de los casos a la clase alta urbana, y sólo residían ocasionalmente en la finca. La gestión podía pasar entonces a un empleado de los *senyors*, que se denominaba *majoral*. Era muy común que los propietarios arrendasen la finca a cambio de unas rentas. Aparece entonces la figura del *amo* o arrendatario, un personaje clave para el desarrollo del campo, pues organizaba la producción, administraba, y a veces incluso prestaba dinero a los mismos *senyors*, con mucho patrimonio pero poca liquidez. Su mujer, la *madona*, jugaba un papel fundamental en la vida de la finca, pues regía los aspectos domésticos y era realmente el centro de la vida social. Cada *possessió* equivalía a una pequeña aldea, en donde durante determinadas épocas del año podían vivir más de cien personas. Dada la precariedad de las comunicaciones, los habitantes de una finca rural apenas salían de ella. Se formaba así una comunidad muy organizada y con los trabajos bien repartidos. Los *amitgers* eran campesinos que tenían algunas tierras arrendadas dentro de la finca. Los *jornalers* trabajaban a cambio de una

dieta, durante un cierto tiempo. Si se contrataban por todo el año se llamaban *missatges*, y podían ser *parellers* (encargados de los animales que araban), *porquers*, *pastors oguers* (cuidadores de las yeguas), *bovers* (boyeros), *indioters* (responsables de los pavos) y *figueralers* (cuidadores de los higuerales). Los niños comenzaban con pequeñas ocupaciones, como *porqueret* o *pastoret*. Una figura importante era el *garriguer*, encargado de vigilar con una carabina la gran extensión de *garriga* o matorral, para evitar incendios o cazadores furtivos.

Los horarios de trabajo eran intensos, y sólo se descansaba los domingos. El acto de la misa era también un momento de relación social, lo mismo que fiestas como las *matances* o las *festes majors* de los pueblos. Era una vida dura, de la que nos dan testimonio muchas canciones populares.

De todo ese complejo universo social, cultural y laboral, sólo nos quedan las construcciones. Actualmente, en las *possessions* apenas vive una sola familia. La figura antaño omnipotente de *l'amo* ha pasado a convertirse en la de un vigilante. Y sorprende la magnitud de esas instalaciones cuando las contemplamos desde su uso actual.



Anilla para atar las caballerías.

Las casas

Una vez llegados a la *possessió* se impone en primer lugar una visita a *ses cases*. No estamos ante una de esas fincas señoriales de Mallorca que llegan a tener visos de palacio. Son Real, arquitectónicamente hablando, es una propiedad rural modesta. Sin embargo, tiene el gran atractivo de conservar en buen estado las instalaciones tradicionales. El conjunto de edificaciones ofrece una imagen compacta, de tonos entre ocres y grises, y líneas de gran sencillez. Una visita a Son Real nos permite conocer un mundo que prácticamente ya ha desaparecido, nos evoca una Mallorca rural cuyo origen se pierde en las sombras de los tiempos y que comenzó a declinar en los años 60 con el auge turístico.

El conjunto de Son Real está formado por edificaciones de distinta época. Si nos situamos frente a la entrada a la *clastra* o patio, podemos ver a nuestra izquierda la parte que corresponde a Can Morell. Al fondo del patio, la casa que lo cruza transversalmente es Can Paloni. Y la edificación más visible, que queda destacada a nuestra derecha es Ca s'Amitger o Cas Amos.

Si queremos imaginarnos la evolución arquitectónica de Son Real debemos contemplar el muro lateral de **Can**

Morell, que se encuentra junto a una plataforma elevada y frente a los antiguos *sestadors* (establos para ovejas), convertidos hoy en centro de interpretación. Enseguida nos daremos cuenta de que ese paredón tiene una gran antigüedad. Se nota por el tipo de fábrica, pero sobre todo por los tres contrafuertes que sobresalen. También distinguiremos los restos de una torre embebidos luego por la construcción. La delata la diferencia de altura, el acabado de las esquinas y la planta cuadrada a la que luego se añadieron más paredes. En lo alto tiene una antigua espadaña. De hecho, en la cercana *possessió* de Son Serra de Marina (a la altura del kilómetro 13,3 de la misma carretera) se conserva todavía una gran torre de defensa también con espadaña, parecida a la que debía de tener Son Real.

Aquí encontramos el germen de la finca, una simple edificación fortificada del siglo XV-XVI que nos recuerda el gran peligro que suponía entonces la cercanía de la costa. Las incursiones piratas eran frecuentes, ya que las Baleares quedaron convertidas en zona fronteriza durante el largo conflicto entre España y Francia, cuyos aliados turcos y berberiscos salían de las costas del norte de África para atacar las Islas.

En el lado de la *clastra* podemos apreciar también un antiguo arco de medio punto, que correspondería a la pri-

Balaustrada de la primitiva casa de los señores.



Clastra de Son Real.





mera entrada de Can Morell. Ese fragmento es uno de los elementos históricos interesantes de la finca. El centro de información y los lavabos se encuentran en esta parte de las casas, con una serie de arcos.

Posteriormente, se construyó **Can Paloni** también conocida como Can Mireat, que ha sido reformada recientemente. Al lado suyo se levantaron unos grandes establos que cierran el patio por el lado sur. La casa más interesante es la que encontramos a nuestra derecha al llegar. Ca s'Amitger o Cas Amos fue primero casa de los propietarios. Eso es palpable por los signos de prestigio que la diferencian de las otras. Tiene un huerto cerrado con un gran muro de piedra, con unas ventanas curiosas que parecen troneras y que servían para ventilar el recinto. Llegando por el camino llaman enseguida la atención unas magníficas *cantoneres* o piezas en esquina, probablemente trabajadas con piedras procedentes del poblado prehistórico. La pared está levantada a base de lajas horizontales, y destaca la entrada con una visera o albardilla que tiene la fecha "1900" en el dintel, fecha también grabada en una piedra lateral. Para dar una prestancia señorial a esa parte se levantó una tosca balaustrada que debe de ser el único motivo decorativo de este conjunto.

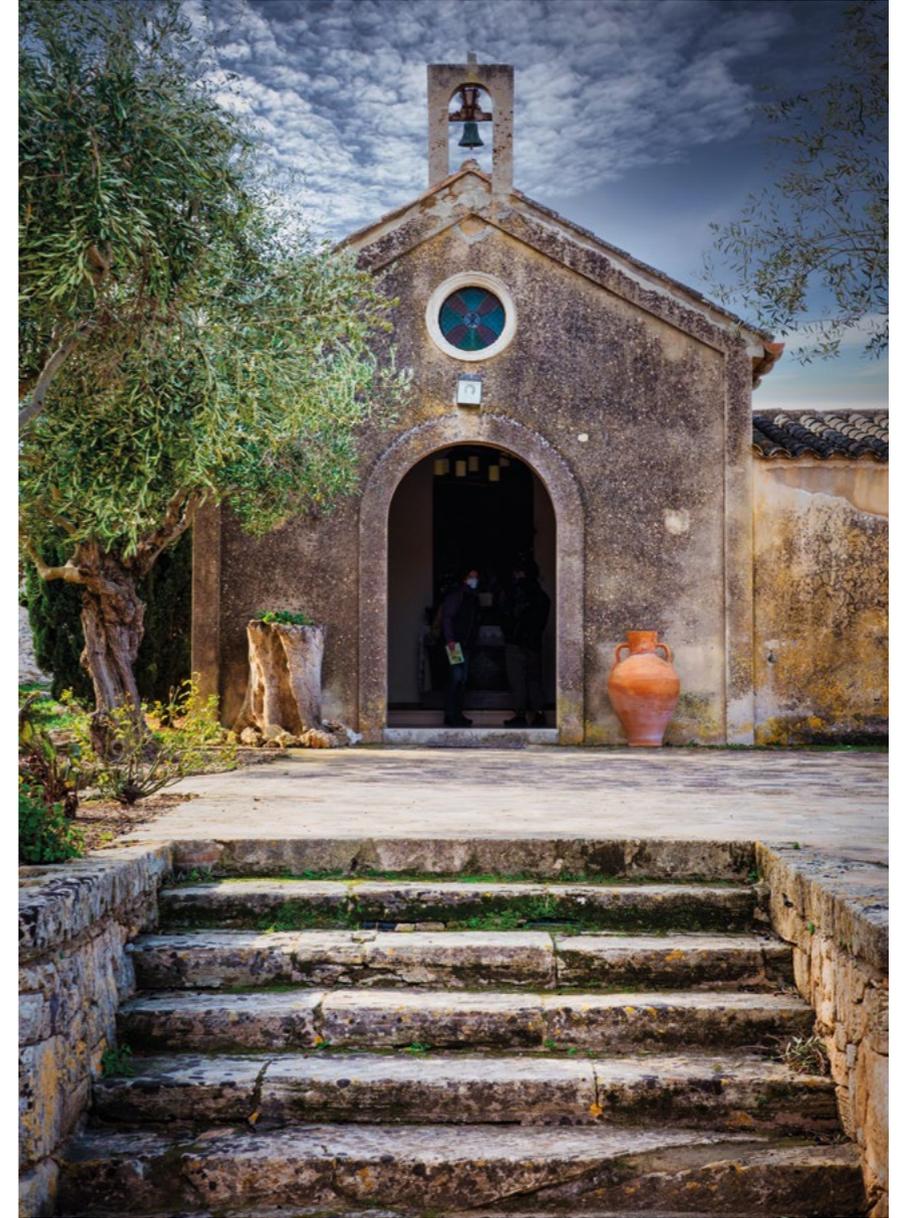
En el exterior de la casa antigua *dels senyors* se aprecian

ventanas cegadas y puertas abiertas posteriormente, lo que indica una serie de reformas. Si bien la balaustrada tiene la función de dar una señal de prestigio, la parte más acogedora es la fachada que da al patio. Allí encontramos una típica *carrera* mallorquina, y detrás la puerta, las ventanas y el banco lateral donde se hacía gran parte de la vida. En el interior se conserva también una magnífica chimenea, que recuerda las largas noches de invierno pasadas frente al fuego cuando no había más entretenimiento que contar *rondalles* o historias fantásticas.

La '**clastra**' es sin duda el elemento más pintoresco del conjunto. Está centrada por una boca de cisterna en forma de capilla, y servía como espacio comunitario tanto para los trabajos como para las fiestas. A pesar de la sencillez de las construcciones, tienen todas una gran elegancia y destaca sobre todo el juego de las diagonales formadas por tejados y canalones de desagüe. En las paredes podemos contemplar todavía muchos restos de otras épocas, como las *anelles de ferro* o argollas para atar a las yeguas y los *penjadors*, unos hierros horizontales donde se colocaban los botes de leche para que los vinieran a recoger. También se contempla un fragmento de antiguo empedrado muy hermoso, de la primitiva *carrera*.

Arco cegado de la primitiva entrada de Can Morell.

Adorno en Ca s'Amitger, con la fecha de construcción de la balaustrada: 1900.



Entrada a la capilla.



Canciones populares sobre Son Real

El nombre de Son Real también ha pasado a la memoria oral, a través de muchas canciones populares.

*“Vols dir-me quin vent t’ha duit?
-Es mestral, que és furiós.
Per venir a veure-vos,
de dins Son Real som fuit.”*

*“Ses cases de Son Real
tenen quatre cantonades;
jo totes les he aplanades
amor, des que hi habitau.”*

*“A Son Real van a l’Infern
a Son Serra al Purgatori
a Son Marí a la Glori
i a Son Doblons en el Cel.”*

*“¿Quieres decirme qué viento te
ha traído?
-El mistral que es furioso.
Para venir a veros,
de Son Real he escapado.”*

*“Las casas de Son Real
tienen cuatro esquinas;
yo las he aplanado todas
amor, desde que allí vivís.”*

*“En Son Real van al infierno
en Son Serra al Purgatorio
en Son Marí a la Gloria
i en Son Doblons al Cielo.”*



En primer término, los antiguos *sestadors* hoy centro de interpretación. Al fondo, la Casa Nova.

La Casa Nova

Doblando la esquina de Can Morell nos encontramos con los antiguos **‘sestadors’**, reconvertidos en centro de interpretación. Una visita a la exposición nos ilustra sobre el universo rural frente a nuestro mundo contemporáneo. En aquel tiempo la actividad humana se adaptaba totalmente a los ciclos de la naturaleza, los materiales se aprovechaban al máximo y todo estaba basado en la cultura del esfuerzo. Las nuevas tecnologías y pautas sociales nos alejan cada vez más de esa época.

En el siglo XX, se aprovecharon uno de esos establos para construir una nueva *casa des senyors*, que podemos contemplar con sus dos alturas y un balcón. La **Casa Nova** sirvió de residencia para los propietarios hasta la venta de la finca al Govern balear. Posteriormente fue rehabilitada y en su interior hay dos salas de exposición permanente y otra para muestras temporales. Enfrente de la entrada podemos ver otro portal con bolas, y detrás en el patio trasero de Can Paloni se conserva un fragmento de muro ciclópeo, en bastante buen estado,

que corresponde a alguna construcción prehistórica. Algo más allá, y fuera del circuito de visitas, se pueden contemplar las ruinas de un molino de sangre, es decir que era movido por un mulo. La Casa Nova tenía los elementos de las viviendas señoriales: amplio recibidor, escalera de honor y múltiples habitaciones. En su parte delantera vemos un banco de piedra, junto al cual empieza una *paret seca*. Al otro lado se distingue un antiguo jardín, ya muy perdido, que servía de lugar de esparcimiento. Un gran eucaliptus se levanta majestuoso en este lugar.



El 'garriguer' de Son Real

Son Real tiene incluso un libro de poemas dedicado a la finca y debido a la pluma de Rafel Bordoy i Pomar. Se titula *Camins oberts a l'alba* y reproducimos un fragmento dedicado al *garriguer* de la finca.

"Li diuen en Xalí i tenia nou fills, una caseta de pedres i fang i un coll per caçar tords, a l'hivern, quan els matins són freds i els núvols grisos. Lleialtat i honradesa eren el seu cabal i veure créixer els fills i amuntengar-se els dies aspres. Va morir pobrament, com havia viscut, no deixà més herència que el seu somriure trist, l'orgull de la tasca acomplida i una tirenga de nêts que avui el recorden d'haver-lo vist a una foto, esgrogueïda, d'un dia de cacera... amb els senyors".

("Le llamaban Xalí y tenía nueve hijos, una casita de piedras y barro y un collado para cazar tordos, en invierno, cuando las mañanas son frías y las nubes grises. La lealtad y la honradez eran su capital, y ver crecer a los hijos y sucederse los días ásperos. Murió como un pobre, tal como había vivido, no dejó más herencia que su sonrisa triste, el orgullo del trabajo cumplido y una fila de nietos que hoy le recuerdan por haberle visto en una foto, amarillenta, de un día de caza... con los señores").



Vista aérea del conjunto arqueológico del Figueral de Son Real.

Es Figueral de Son Real

Desde aquí podemos visitar el primero de los yacimientos arqueológicos que caracterizan a Son Real. Siguiendo por el camino que sale de la Casa Nova pasamos un portal, y entramos en la zona conocida como Es Figueral. Nada más penetrar en él podemos ver un antiguo establo construido con la técnica de tapiál, que conserva una



La finca conserva una actividad ganadera tradicional.

tipología popular con abrevaderos, comederos y unas esquinas de bloques muy bien trabajadas.

El Figueral tiene dos elementos de interés: las canteras y las ruinas de época pretalayótica. Cuando avanzamos por el sendero que nos lleva al conjunto monumental topamos con la más grande de las **canteras**. Está abierta en superficie, con numerosos planos inclinados que responden a la búsqueda que realizaban

los canteros de las mejores capas de piedra. Vemos centímetro a centímetro las marcas de la *escoda*, una especie de martillo grande con pico a cada lado que se empleaba para la extracción manual de la piedra. Ocupada en parte por árboles, esta cantera es un escenario curioso y su antigüedad parece incontestable, aunque no ha sido datada con precisión. En la misma zona hay otras cuatro canteras, más pequeñas. Se en-



El gran navetiforme que preside el conjunto del Figueral de Son Real.

cuentran en los alrededores de la elevación que vemos a nuestra derecha, tocando a la carretera. Justo en lo alto de la colina se abre una, y las otras se hallan a pocos metros. Para el arqueólogo Guillem Rosselló Bordoy, existe la posibilidad de que alguna de estas extracciones de piedra pudiera ser de época prehistórica o romana. La finca de Son Real es rica en canteras, ya que encontraremos otras en la costa y también cerca del torrente, aparte de las extracciones de arena.

De todas ellas se extraía *marès* o piedra arenisca, de poca calidad. Actualmente están en desuso. Caminando unos 30 metros más damos con el **conjunto arqueológico** del Figueral de Son Real, que ocupa una pequeña elevación del terreno junto a la carretera. Lo que encontramos en el Figueral de Son Real es una agrupación de navetiformes pretalayóticos, aunque su función no esté del todo clara. Este tipo de construcciones tienen unos 3.000 años de antigüedad. Aquí sin embargo parecen obe-



Navetiforme excavado en la roca en el Figueral.

decer a un uso ritual. Los navetiformes pretalayóticos solían tener muros muy gruesos a base de grandes losas rellenas con cascajo. Las paredes se iban aproximando conforme subían, pero la cubierta seguramente era a base de ramas y arcilla prensada. En su interior podía vivir una familia extensa, de alrededor de veinte individuos. Y siempre tenían un hogar central, donde ardía el fuego. El visitante apreciará pronto unos muros magníficos, de gran grosor y forma absidal. Aunque en un primer mo-

mento el conjunto pueda parecer indescifrable, basta con subir a la cumbre de la pequeña colina para entenderlo. En lo alto se construyó un navetiforme majestuoso, con paredes que llegan a los dos metros. Vemos también dos bases de columna en su interior. Parece como si ese monumento dominara simbólicamente todo el conjunto. A su alrededor se agrupan otros navetiformes, hasta formar un conjunto de ocho. Destaca uno situado a nivel bajo y tiene un banco excavado en la roca, un caso único en Mallorca.

Conjunto de las casas. A la izquierda, la Casa Nova y a la derecha, las construcciones más antiguas.

El modelo de hábitat pretalayótico es bastante común: uno o varios navetiformes ocupando un lugar accesible y generalmente llano. En este caso, sin embargo, se trata de una disposición atípica, sobre todo por la concentración de estructuras. Eso ha hecho pensar a algunos arqueólogos que podría haber sido un poblado de transición entre la época de las navetas y de los talaiots. Resulta curioso el hecho de que el interior de estos edificios muestre la misma forma que las cuevas artificiales de enterramiento de la misma época. Como si fuese una constante arquitectónica que tuviese algún significado. Este conjunto continuaba por donde hoy se encuentra la carretera, y está enfrentado a más restos que se encuentran al otro lado de ella. Fue construido en el Bronce antiguo, en la época pretalayótica, pero siguió habitado también en el primer período talayótico, con dataciones del 1010 a.C. Después parece que fue abandonado, aunque volvió a ocuparse temporalmente durante los siglos islámicos.

La excavación, llevada a cabo en 1965 por Guillem Roselló Bordoy y Joan Camps Coll, no descubrió materiales de importancia. Pero sí se detectaron numerosos restos de animales, entre ellos perros, mariscos y ocas.

Alrededores de las casas

Antes de visitar la finca, conviene volver a las casas de Son Real, cuyos alrededores nos ofrecen también puntos de interés. Por ejemplo la explanada situada junto a la entrada, con rocas desgastadas a lo largo de siglos, o las *parets seques* situadas enfrente. En el terreno situado al otro lado del muro se descubrió una **'sitja'** o silo tallado en la roca. Tiene poco menos de un metro de profundidad, por unos 50 cm de diámetro. Este tipo de depósitos eran muy empleados en la antigüedad para guardar trigo y otros alimentos, ya que el frescor de la tierra actuaba como nuestros frigoríficos. Civilizaciones agrícolas como la ibérica tenían en los alrededores de sus poblados verdaderos campos de silos, que denotan una gran actividad. La cultura talayótica, sin embargo, no parece haber practicado la agricultura en tanta proporción, porque los silos hallados son relativamente pocos. Por lo que puede inferirse se trataba de una sociedad más bien ganadera. Hay que decir que durante siglos las *possessions* tenían también sus depósitos subterráneos. En muchos casos servían para guardar objetos de valor en caso de peligro. Los robos y el bandolerismo rural fueron una plaga du-





Aprovechamiento agrario de la finca, consistente en un campo de almendros y pastos.

rante mucho tiempo. Más tarde, los mismos escondrijos fueron empleados por los contrabandistas, que desembarcaban las mercancías en lugares de la costa y los escondían en *secrets* hasta su distribución. Son Real, por su situación estratégica, fue un lugar de mucho contrabando. No sería extraño que pozos como éste se emplearan como *amagatall* o escondite.

En la misma parcela, en lo alto de una pequeña ondulación del terreno, se abren varias **canteras** de piedra, muy cubiertas por la vegetación. Probablemente de allí salieron parte de los bloques con los que se construyeron las casas. Muy cerca, a pocos metros de una superficie de piedra que aflora en medio del cultivo, se contemplan dos paredes formadas con ortostatos o losas talladas. Por la disposición parecen formar parte de un edificio, posiblemente un navetiforme.

También es recomendable fijarse en la **esquina** del muro de piedra en seco que flanquea la entrada a esta *tanca* o terreno cultivado. Unas grandes piedras, muy bien trabajadas, revelan un posible origen prehistórico. Siguiendo algunos metros más hacia el sur podemos contemplar una especie de plataforma, construida con grandes piedras. Se trata de un antiguo **'carregador de bous'**. Un cargadero que servía de plataforma para que los bueyes pudiesen subir al camión, que se colocaba a su altura.



Fases de la prehistoria

La secuencia prehistórica de Mallorca todavía es objeto de discusiones, ya que por ahora no se puede precisar el momento concreto en que el hombre llegó a la isla. Las evidencias más antiguas parecen remontarse a la edad del Cobre, hace unos 4.500 años. En ese primer momento el hábitat se concentraba en agrupaciones de cabañas circulares, de escasa envergadura. Y fue cuando se comenzaron a construir sepulcros megalíticos como el de Son Real. Viene más tarde una fase correspondiente al Bronce antiguo (hace unos 4.000 años), en que se construyen cuevas artificiales de enterramiento, y unos edificios de habitación con forma de herradura llamados navetas, naviformes o navetiformes. En Son Real encontramos tanto cuevas como navetiformes.

Sobreviene más tarde un cambio importante, asimilado a la fase conocida como talayótica, hace ahora unos 3.000 años y que entra en la edad del Hierro. Cambian la tipología de los materiales, el urbanismo e incluso el tipo de sociedad, que parece más jerárquica y guerrera. Esta civilización dejó en Son Real monumentos tan importantes como las necrópolis de Punta des Fenicis o el Illot des Porros.

La conquista romana del 123 a.C. supone el final de esa cultura, que va asimilándose lentamente al orbe latino. De todas formas, no se produce una ruptura étnica y muchos poblados siguen siendo habitados, aunque con modificaciones, hasta la Edad Media.



El poblado

La prehistoria de Son Real es algo así como un libro del que sólo tenemos algunas páginas sueltas. No conocemos ni el título ni el tema, sólo fragmentos. Y precisamente el dato más importante para descifrar su sentido está todavía por descubrir, junto a las casas. Nos referimos a la zona que se encuentra entre la carretera y la *possessió*, atravesada perpendicularmente por el camino de acceso.

Bajo este campo se encuentran las ruinas del poblado de Son Real.

dos por murallas ciclópeas, donde alrededor de un núcleo central en forma de *talaiot* se reunían diversas viviendas. Todo hace pensar en una concepción jerárquica: una familia gobernante y propietaria de la tierra que representaba su poder en los monumentos, y una clase popular que dependía directamente de ellos. Un modelo parecido al que aparece en las obras de Homero o incluso a la sociedad feudal.

Estos poblados generaban a su vez otro tipo de construcciones rituales, como *talaiots* exteriores, santuarios, plataformas ceremoniales, necrópolis... Todo unido explicaba el significado de aquella sociedad, cuyo origen se justificaría en las sagas y leyendas heroicas de las familias gobernantes. El hecho de que Mallorca esté llena de poblados (unos 250), equidistantes entre sí una media de 3 km., plantea dudas sobre la organización general de la isla. ¿Existió algún rey o jerarca que agrupara todas aquellas poblaciones? ¿Se mantenía un estado de conflicto entre ellas que explicara la construcción de las murallas?

La cultura talayótica es la única que puede definirse como genuina de Mallorca. No existe en la Península Ibérica nada parecido, ni en el sur de Francia. Sólo otras islas como Menorca (muy parecida pero no idéntica) o Córcega y Cer-



Hilera de piedra de la antigua muralla del poblado.

deña tienen paralelos. Sin embargo, y pese a tal singularidad, se ignora casi todo de aquella fase. No se sabe cómo surgió: si llegó de fuera o fue producto de una evolución interna; ni qué lengua hablaban; ni cómo se gobernaban; ni qué dioses tenían... Las únicas noticias nos las proporcionan los autores clásicos que, en referencias breves, retratan una sociedad primitiva, pobre y que tenía que recurrir al mercenariado para dar salida a los más jóvenes. En ese contexto, Son Real plantea un problema interesantísimo. Ya que la finca posee un gran territorio sagrado y

funerario, situado en la costa. Una singularidad que distingue a ese poblado del resto de los conocidos. Por lo tanto, la pregunta que surge de inmediato es: ¿tuvo alguna preeminencia el poblado de Son Real sobre los restantes y por eso se creó esa zona sagrada? El interesado en la historia sólo puede hacerse la pregunta contemplando un mero campo de forraje: lo que queda del poblado. La silueta de la fotografía aérea nos muestra una superficie definida, donde se recoge mucha cerámica talayótica y romana. El camino de acceso a las casas lo parte



El trazado de la muralla del antiguo poblado se reconoce por la línea de vegetación, de forma ovalada.

por la mitad. A cada lado se contempla un ligero desnivel del terreno, que va estrechándose a medida que se acerca a la carretera. Allí se levantaba la muralla ciclópea, cuyos escasos restos todavía se distinguen en algunos trozos. Piedras que correspondían sobre todo al zócalo inferior. El resto fue desmontado probablemente ya de antiguo, y una parte ha ido a parar a las numerosas construcciones de piedra posteriores. Es posible que el poblado se alterara en época romana. Más tarde, se construiría una alquería islámica utilizando sus piedras, y cuando tras la conquista se

levantó la primera *possessió* se aprovecharon el resto de las losas para la casa y las paredes de piedra. El hecho es que sobre el terreno queda muy poca cosa. Podemos contemplar una pequeña **explanada** con numerosas losas de gran tamaño, cubiertas por árboles y vegetación en la entrada del campo. Fue una antigua era y tal vez corresponda a los restos de un *talaiot*. Todo el resto queda pendiente de una investigación arqueológica que desentierre el poblado y recupere las páginas de ese antiguo libro.



Brocal en forma de capillita del aljibe.

Si se confirma que la silueta de las fotos aéreas corresponde al trazado del poblado, estaríamos ante una de las poblaciones de mayor tamaño entre las conocidas. La superficie que corresponde al trazado de la muralla alcanza los 15.700 metros cuadrados. El mayor de los poblados hallados hasta ahora es Can Daniel Gran, en Pollença, que tiene 16.900 metros cuadrados. A partir de ahí, todos son más reducidos: Ses Talaies de Sant Jordi (Santanyí 14.790; Es Pedregar en Lluçmajor, 14.000; Ses Païsses de Artà, 13.500. ¿Significaría eso que esta población gozó de un estatuto especial en la Mallorca talayótica y de ahí su gran zona funeraria? ¿Fue la sede de una estirpe real o con poder sobre otros poblados?

Los interrogantes planteados resultan apasionantes, y justifican una cuidadosa investigación arqueológica. Por lo pronto, se han recogido numerosos fragmentos de sílex en el terreno, lo que para el arqueólogo Jordi Hernández podría sugerir la existencia de un taller para el trabajo de este material.

Cuando contemplamos desde la antigua era el campo donde hace siglos hubo una población, hemos de tener consciencia de que su área de acción no acababa donde hoy está la carretera. La zona de Son Real que no fue adquirida por el Govern balear, y que continúa más allá hacia el sur, contiene numerosos restos arqueológicos.

Desde un *talaiot* de planta cuadrada con habitaciones



Interior del aljibe.



Grandes losas en las paredes del aljibe.

adosadas a losas megalíticas, restos de construcciones, manchas de cerámica... Toda esta zona, hoy sólo transitada por el ganado, fue un núcleo importante de población, también en época romana.

El aljibe

Si tomamos la dirección hacia el camino que conduce al mar, encontramos un portal. A la derecha distinguimos la boca de un *aljub* o **aljibe** en forma de capilla. Este elemento etnológico tiene su interés. Podemos contemplar el complejo sistema de aprovechamiento del agua. Al-

macenarla en un depósito, siguiendo tradiciones ya de origen romano, que a su vez permitían diferentes abrevaderos para el ganado. El aljibe está muy bien construido y tiene una capacidad de unos 25 metros de largo por unos 5 de ancho. Después de la restauración se ha abierto una ventana en su extremo, para poder contemplar la construcción de la cisterna por dentro. Es muy remarkable la presencia de varios ortostatos o grandes piedras en las paredes colindantes, probablemente de origen prehistórico.

Desde este lugar se contemplan varias *parets seques* muy bien construidas, que forman diferentes separaciones y dependencias adjuntas a los antiguos establos.



El 'porc negre'

Una de las atracciones para los niños y muchos turistas es la *guarda de porcs negres*. Se trata de una raza autóctona de Mallorca y que conserva, en sus orígenes, un dilema histórico. Es el fruto de una mezcla entre ejemplares ibéricos y quizás célticos u orientales, que llegaron a la isla a lo largo de las diferentes migraciones humanas. Su origen puede tener por lo tanto una elevada antigüedad. Se considera interesante desde el punto de vista genético por tener una morfología poco evolucionada. Además del color, una de sus características es la existencia de dos glándulas colgando del cuello, este carácter muestra un comportamiento genético dominante y aparece en los apareamientos con razas distintas. El hecho de haber constituido un recurso fundamental para la economía familiar ha garantizado su conservación. Ya George Sand en su célebre *Un invierno en Mallorca* habla de la preeminencia que tenía el cerdo en la sociedad mallorquina de principios del XIX.

Se les define como "animales armónicos, rústicos, de tamaño medio, perfil fronto nasal subcóncavo y osada fina. La piel es de coloración negra y tonalidad pizarra". Su abundancia de pelo parece darles un aspecto más oscuro. La raza está reconocida y cuenta con un árbol genealógico. El *porc negre* está repartido por toda Mallorca, pero las áreas clásicas de producción son precisamente las marinas, como esta de Son Real, dado el tipo de vegetación. Es un animal que consume especies vegetales poco frecuentes en otros animales.

Los machos o *verros* resultan impresionantes, lo mismo que las *truges* o cerdas de cría, seguidas por sus *gorrins*. El resurgimiento del *porc negre* se produjo sobre todo a partir de 1980, cuando comenzó a formularse la denominación de origen para la sobrasada mallorquina, que en pureza ha de haber sido confeccionada con este animal. Lo mismo ocurrió con la *porcella de porc negre*, otro plato típico tradicional.



Son Real es todavía una finca viva, con distintos espacios para los animales.

Porquerizas

Tomamos el Camí de s'illa des Porros que conduce hasta el mar. A la izquierda podemos contemplar unas *solls* o **porquerizas** que sirven para albergar a *porcs negres*, una raza autóctona de la isla. La disposición de ese terreno se ha hecho de forma pedagógica, pensando sobre todo en las escuelas que así pueden conocer en la finca las diferentes especies de ganado propias de Mallorca, como es el caso de *be mallorquí* (oveja).

En este mismo punto hemos de reparar en un **antiguo camino**, probablemente con siglos de antigüedad, que dejó sus huellas en la roca. Se encuentra al lado mismo de la alambrada, que ha ocupado su parte izquierda. Son apenas unos 15 metros, pero nos recuerda que durante generaciones este fue el paso de hombres y carros hacia el bosque y el mar. Este antiguo camino forma, junto con otros que visitaremos en la costa, un conjunto interesante a la hora de reconstruir los sistemas de transporte utilizados durante siglos.



2. La finca

Los caminos

Comenzamos aquí el recorrido a través del interior de la finca. Son Real tiene una extensión muy irregular. En su parte de poniente, limita con el Torrent de Son Bauló, y por lo tanto sigue la forma sinuosa de su recorrido hasta llegar a la carretera. Ésta marca su límite sur, abarcando en esta primera parte la zona conocida como Es Cremat, a raíz de un incendio ocurrido en 1981. Sin embargo la propiedad pública se interrumpe a causa de una franja de 1,5 km de longitud por 250 metros de anchura que va desde la carretera al mar, y que sigue siendo propiedad privada. Acabada esta interrupción, continúa la zona de Son Real bordeando la carretera, hasta el límite de la propiedad conocida como Es Quilòmetre. El borde oriental es el camino de acceso a esa otra finca, más al este. Sin embargo, los límites de Son Real no son regulares en esta

parte, ya que después de unos 800 metros, la separación retrocede formando ángulo. Una gran zona de pinar y dos antiguas canteras de arena quedan fuera de los terrenos públicos, y la línea de marcación entre las dos propiedades va entonces en línea recta hasta el comienzo del Arenal d'en Casat. En conjunto, la finca tiene forma de zapato visto de perfil, con la interrupción en forma de franja en su parte occidental. Todo ese terreno está surcado por antiguos caminos. La mayor parte conducen al mar, y eran empleados tanto para trasladar pinos, llevar bloques de piedra de las canteras, o acarrear hojas de posidonia (*s'alga*) procedentes de la costa. Después se abrieron otras vías para los camiones que entraban y salían de las extracciones de arena. Hay al menos cuatro largos senderos que llevan desde el bosque al mar, y una retícula de caminos secundarios que se comunican entre sí en paralelo a la costa.



Puesto de caza con *filats*.

La caza en Son Real

La finca de Son Real ha servido para la caza desde antiguo. Los propietarios organizaban partidas en las que, hace veinte años, se cobraban hasta 300 conejos en un día. El personal que trabajaba en la finca podía cazar conejos, *tudons* (palomas torcaces) o *tords*. Las perdices se consideraban como una presa exclusiva para *es senyors*. Las partidas de caza de los propietarios con sus socios eran todo un acontecimiento y se celebraban

luego con una buena comida. El bosque es un lugar tradicional para cazar *tords* con *filats* o redes. Casi todas las familias que trabajaban en la finca tenían su propio *coll* o collado, donde extender la red entre dos pinos. Todavía hoy este arte se sigue practicando y se contemplan las escaleras con una silla, en lugares escondidos por donde pasan las aves cuando descienden a tierra para dormir.

Itinerario 2: El Camí de s'Illa des Porros

Salimos de las inmediaciones de la finca y encontramos a pocos metros un desvío hacia la derecha cuyo acceso no está permitido y que lleva hacia el Figueral de Son Real. El **Camí de s'Illa des Porros** nos conduce en línea recta hacia el mar. A los lados podemos ver una mezcla de pinos, *ullastres* (acebuches) y *mates* (lentiscos), formando un bosque denso y bastante impenetrable. A nuestra izquierda continúa el muro de piedra que cierra por completo Sa Pleta (el redil), un recinto de unos 500 metros de largo por 300 de ancho.

Así llegamos a un **cruce** importante. Aquí tenemos que escoger qué itinerario seguir. Si continuamos por el número 2 recorreremos el trazado tradicional del Camí de s'Illa des Porros hasta el refugio y la zona de la Punta des Patró. Es decir, la parte más oriental de la finca.

Si tomamos el itinerario 3, haremos prácticamente el mismo recorrido que el anterior, sólo que en un punto nos desviaremos hacia poniente. Y desde allí accederemos más fácilmente al sepulcro megalítico y la necrópolis de la Punta des Fenicis.

Finalmente, si escogemos el itinerario 4 bordearemos la parte sur de la finca, pasando por antiguas canteras, para



Entrada de la Cova d'en Gurgull.

luego volver hacia la costa y salir también a la necrópolis. Este es el itinerario más largo.

Además de esas tres rutas, vemos también otros dos caminos, no visitables, que salen a nuestra derecha. Corresponden a la zona más oriental de la finca. Muy cerca, y en la ladera de una pequeña loma cubierta de pinos se encuentra la **Cova d'en Gurgull**. Está catalogada como cueva artificial de enterramiento, de época prehistórica. Se abre al lado de una pequeña extracción de piedra, y cuenta con una entrada bastante reducida, que fue protegida por dos muros en cada uno de sus extremos.

En su interior se manifiestan esos juegos de colores del mundo de las grutas, a base de ocre, sienas y el verdín de la humedad. Tiene unos 6 metros de anchura por unos 4 de profundidad, y lo único que llama la atención además del muro son dos pequeñas repisas talladas en la roca. Tras esa primera utilización funeraria, explicable por su relativa cercanía a la zona de las casas donde hubo un hábitat prehistórico, más tarde debió de ser empleada como refugio o establo. Unos metros más arriba se encuentra un puesto de cazadores.

En esta misma zona de bosque, un camino bordea la extensión del Figueral y lleva al **Clot de s'Arena**, con una



de las grandes canteras de arena que funcionaron hasta los años 90. La existencia de grandes dunas fósiles en la finca favoreció estas extracciones, ya que la arena se vendía después para ser utilizada en la construcción. Cuando Son Real fue declarada Área Natural de Especial Interés, dejaron de utilizarse. Hoy la cantera empieza a estar cubierta por pinos jóvenes, pero se conserva la casa-

mata de los empleados y se aprecia la labor de extracción en una llanura de unos 600 metros de largo. En el bosque circundante hay puestos de cazadores, como las escaleras de madera que sirven para tender los *filats* o redes para cazar *tords*. También existe una de las varias balsas artificiales, sobre lecho de cemento, con la finalidad de que los animales del bosque puedan tener

agua. Es muy frecuente ver a las tortugas acercarse a ellas. Volvemos al cruce de caminos. En este itinerario vamos a seguir el Itinerario 2. Eso supone recorrer una distancia de 1,7 km hasta el mar, por un buen camino y sin dificultad alguna. Lo único a tener en cuenta es el calor, sobre todo en los días de verano, cuando resulta más agradable caminar por la costa.



Una de las balsas que hay repartidas por la finca.

Antiguas extracciones de arena.

El camino va atravesando el **bosque** de Son Real. En un primer trecho transcurre muy cerca de los límites de la finca, pero luego serpentea ligeramente hacia poniente. En otoño son muy espectaculares las bandadas de *estornells* (estorninos) que al anochecer planean entre los árboles formando auténticas nubes. Pasada ya la mitad del recorrido, damos con el desvío



La antigua casa de baños de los propietarios es hoy un refugio.

Los pinos fueron una de las fuentes de riqueza de Son Real, ya que se vendían para hacer vigas.

que indica el Itinerario 3, que dejamos para más adelante. La costa se adivina cada vez más en el horizonte, y el siguiente elemento de cierto interés con el que topamos son unas ruinas a nuestra derecha. Corresponden a una **barraca de 'garriguer'**, donde vivían durante algún tiempo los que se dedicaban a la tala de pinos. La vida era dura y se alimentaban como podían, muchas veces de simples *sopes de camomil·la* (sopas de manzanilla). Hoy sólo unas paredes medio caídas recuerdan aquellas historias humanas.



Cuando ya nos acercamos al mar y divisamos las dos torres de enfilación, a las que más adelante haremos referencia, damos con el **refugio**. Era la antigua *caseta de banys* de los señores, quienes la utilizaban para pasar algunos días de verano. Esta zona se conoce popularmente como Es Quarter, haciendo referencia a un puesto de carabineros que vigiló durante un tiempo toda esta costa. El contrabando ha sido una actividad constante en zonas tan despobladas y extensas como esta finca. En la postguerra, la guardia civil realizaba rondas nocturnas desde Son Bauló hasta Son

Serra de Marina, y sólo contaba con una barraca cerca del mar, donde para reposar amorataba las hojas de *alga* o posidonia y colocaba una sábana encima.

El refugio se encuentra en una zona muy hermosa, con grandes y umbrosos pinos. A pocos metros la verja nos recuerda que termina la propiedad de Son Real y comienza la zona marítimo-terrestre. Podemos salir de la finca por una barrera.

La visita a cuanto encontramos a partir de ahí está indicada en el apartado de la costa.



Carboneras y Es metro

Los pinos han sido otra de las riquezas tradicionales de Son Real. Servían por ejemplo para fabricar carbón. El método consistía en construir una *sitja* o carbonera, que funcionaba a base de un montón de leña cubierta con ramas verdes, hierba y tierra que formaba así una especie de cubículo semicircular con un orificio para meter los *tions* (leños) ardiendo y otros agujeros que servían de escape para el humo. Se encendía entonces su interior, y la lenta combustión acababa por carbonizar la leña.

El trabajo de *carboner* era duro. La temporada en que se hacían *sitges de carbó* toda la familia tenía que dormir en el bosque, para vigilar que la carbonera no se apagase. Construían para protegerse unas sumarias barracas de *càrritx* (carrizo) con un lecho de paja. Eran los tiempos en que todas las cocinas se alimentaban de carbón y este producto se vendía fácilmente o se utilizaba para consumo propio.

La madera de los pinos también se utilizaba para otros menesteres. Grupos de hombres se dedicaban a la tala, algunos de ellos venían de Manacor o de Artà. Las ramas se vendían como combustible para hornos. Los troncos se cortaban en unidades llamadas *Es metro*, y las compraban unos camioneros que las comercializaban como vigas.

La gente mayor recuerda que hace cincuenta años el pinar estaba muy limpio, porque casi todo se aprovechaba. Incluso la vegetación de menos porte como la *mata* (lentisco) se cortaba para emplearla en los hornos de leña. En Son Real, cada familia tenía su propio horno para hacer pan.



Pinar de Son Real con el Cap de Ferrutx al fondo.

Itinerario 3

Esta ruta marcada apenas difiere de la anterior, la número 2. La distinción radica en que a unos 500 metros de la costa, se dirige un poco más hacia poniente. Su último tramo resulta espectacular, por la presencia de grandes pinos y el horizonte magnífico de la costa. Se divisa toda la extensión entre La Victòria (Alcudia) y el Cap de Ferrutx (Artà), promontorio que cierran la bahía y le otorgan un carácter pictórico al paisaje. Las dos torres de enfilación sobresalen como agujas enfrentadas al mar.

Así como la última parte del Itinerario 2 cruzaba el pinar, en este caso lo que se contempla es una gran llanura, cubierta por matorral. Aquí hallamos la indicación que nos señala el camino hacia el sepulcro megalítico o dolmen,

que está a unos 200 m. y sobre la elevación rocosa. Pero resulta más fácil de entender y encontrar si lo buscamos desde la costa. Una barrera nos permite salir de la finca muy cerca de la necrópolis de Punta Fenicis, cuya punta se distingue enfrente.

Itinerario 4. El camino de las canteras

Este segundo itinerario, marcada como número 4, nos conduce en primer lugar a la parte sur de la finca, la más cercana a la carretera. En su segundo tramo nos lleva también hacia el mar. En total son unos 3 km si llegamos hasta la costa. Partimos del cruce de caminos situado a unos 400 metros de las casas. Los dos itinerarios marcados con los números

2 y 3 continúan hacia el frente y llevan directamente a la costa. Ahora tomamos el de la izquierda, marcado con el número 4.

Si el Camí de s'Illa des Porros nos ofrecía un tránsito de las casas al mar, y atravesaba la zona de pinar acercándonos al horizonte de la bahía, este segundo camino es distinto. Transcurre bordeando la zona agrícola de la finca, y nos permite conocer las antiguas extracciones de arena. Es una ruta para recorrer con cierta lentitud, disfrutando del paisaje virgen, de los rincones que parecen estar en otra época. Lejos de la referencia de esos coches que pasan a lo lejos, ya que la carretera circula de forma paralela a su trazado. Caminamos unos 150 metros y dejamos a nuestra derecha un camino de acceso no permitido, y que lleva al tramo final del Camí de s'Illa des Porros. Un poco más allá, una

desviación hacia la izquierda conduce a un portal del recinto de **Sa Pleta**. Aquí el paisaje es totalmente agrícola, con la silueta lejana de las casas al fondo. Seguimos caminando y damos con una explanada bastante amplia. Es el recuerdo de la tragedia que tuvo lugar en noviembre de 2001, cuando un temporal de lluvia y fuerte viento de norte arrancó miles de pinos. Los quebró como si fuesen lápices, los arrancó de cuajo, dejándolos con las raíces al aire. El espectáculo era dantesco: carreteras y caminos cortados por los árboles, bosques diezmados, y sobre todo una gran cantidad de madera por despejar. En esta explanada se amontonaron muchos de los centenares de pinos que el viento derribó en Son Real. Después fueron troceados, y hoy sólo quedan restos de madera dispersos.



Señal geodésica de Sa Talaieta.

Sa Talaieta

Unos 200 metros más adelante topamos con otro sendero hacia la derecha, que nos conduce a un observatorio de aves. En el interior del bosque que tenemos en esa dirección se halla uno de los lugares curiosos de Son Real. Se trata de **Sa Talaieta**, una humilde elevación de 49,26 metros según los planos, que es el punto más alto de la finca. Eso le ha valido el honor de disfrutar de dos señales geodésicas. La más grande y moderna consta

del típico prisma de obra, con una indicación de "la destrucción de esta señal está penada por la ley". Encima, el característico cilindro que sirve de indicación visual. Una vieja escala de argollas permite ascender hasta lo alto, desde donde se disfruta de un panorama espectacular: toda la finca parece un fuego de verdes, con el mar al fondo y las espectaculares montañas de Artà cerrando la bahía. Al lado, otra señal antigua resulta más baja y sencilla.

Pero lo más importante es una losa de un metro y me-

Sa Pedra Foradada, una losa megalítica.



dio clavada allí mismo. Al lado se contempla otra semejante ya caída, y en las inmediaciones hay al menos otra en iguales condiciones. Estas grandes lajas de piedra parecen de tipología megalítica, y son semejantes a otra que se encuentra en la parte de Son Real que sigue siendo propiedad privada.

El hecho de que sólo se conserven los ortostatos, sin relleno alguno, convierte estos restos en peculiares. Pudo tratarse de parte del muro de un navetiforme, o quizás de una construcción de época anterior. De hecho, no deja de ser curioso que la señal geodésica se instalara en el mismo lugar donde el hombre prehistórico ya había levantado otra construcción. Eso rubrica la condición de lugar estratégico de Sa Talaieta, una verdadera atalaya sobre esta parte de la costa y el mar, con otra condición apasionante: Josep Mascaró Passarius, geógrafo y arqueólogo, sostenía que la riqueza arqueológica de Son Real tenía relación con Menorca. De hecho, la balear menor se encuentra hacia el nordeste, más allá de la bahía, a una distancia de 37 millas. Para él, los monumentos que se levantaron en la finca se explicaban en parte por el contacto visual con la isla vecina.

Desde la necrópolis o la costa resulta difícil contemplar

Menorca. Sin embargo, desde Sa Talaieta en un día claro, puede verse con claridad el extremo más oriental de la balear menor, con la costa llana de Ciutadella e incluso la silueta del Monte Toro.

Tal vez estas losas fueran primitivos lugares de vigilancia o señales visuales, relacionadas con la extensión de la costa y el mar. Es uno de los muchos enigmas arqueológicos que quedan por resolver.

Restos arqueológicos

Seguimos por el Itinerario 4 y al poco volvemos a encontrar otro camino hacia la derecha, igualmente de acceso cerrado. Se trata de un antiguo sendero, con piedras muy desgastadas en algunos tramos. Aquí también se esconden **restos arqueológicos**. Se trata de una esquina construida con grandes piedras, generalmente enmascarada por la vegetación, y que se parece mucho a la construcción situada en el campo de cultivo situado frente a las casas. Este sendero desciende por una vaguada por el bosque y conduce a uno de los caminos que llevan al mar.



La tortuga es el animal emblemático de Son Real.

Naturaleza de Son Real

Uno de los valores de Son Real es su gran variedad de ecosistemas. En la finca podemos encontrar pinares, encinares, zonas de matorral o *garriga*, zonas húmedas, sistemas dunares y ecosistema marino de roca. Todo ello supone una gran riqueza tanto botánica como faunística. En el bosque de Son Real domina el pino, pero con presencia de *savina* (sabina), *mata* (lentisco) y *aladern* (aladierno). Hay zonas cubiertas de una espesa maraña de matorral, lo que crea una extraña impresión de cerradumbre e intimidad. Un bosque aislado en sí mismo. Otra característica singular es la presencia de encinas, así como de *arbocera* (madrño).

En la zona de matorral se pueden contemplar *ullastres* (acebuches) con sus hojas de verde plateado; *porrasses* (asfodelos), que parecen candelabros vegetales; y *estepa llimonenca* (estepa morisca) con flores de hojas blancas; entre otras especies.

Un ambiente totalmente distinto es el costero, donde crecen el *fonoll marí* (hinojo marino) y la *saladina* (siempreviva) y el *lliri de mar* (nardo marino). En la primera línea, tanto las

sabinas como los pinos adquieren formas torturadas, deformadas por la fuerza de los vientos de norte.

Por otro lado, la zona húmeda del torrente se caracteriza por el *jonc* (junco), el *canyet* (sorgo), la *sesquera* (carricera) o la *salicòmia* (alacranera de las marismas). Esta diversidad se traduce en riqueza faunística. El animal totémico de Son Real es la tortuga mediterránea, que se contempla en abundancia. Esta especie hoy protegida fue cazada en otros tiempos para ser vendida después como mascota, y simboliza en cierto modo la naturaleza de la finca. Además, pueden contemplarse *conills* (conejos), *perdius* (perdices), *tòrtors* (tórtolas), *tudons* (palomas torcaces), *òlibes* (lechuzas), *marts* (martas), *erçons* (erizos), *granots* (ranas), *calàpets* (sapos), *serps d'aigua* (culebra viperina). Los halcones de Eleonora frecuentan el bosque en los meses de final de verano y principios de otoño.

Los cuatro itinerarios señalados cuentan con carteles explicando distintas especies vegetales o animales propias de la zona.



S'Ametlerar con las casas de Son Real al fondo.

Antiguas canteras de arena

El camino sigue bordeando Sa Pleta por la izquierda hasta que ese recinto da paso a **S'Ametlerar**: un amplio campo de almendros que ofrece una estampa muy bucólica con las casas a lo lejos. Muy pronto entramos en una gran explanada, rodeada de montículos de arena. Eso nos recuerda que estamos en la zona donde, hasta la declaración de área natural de especial interés en 1991, se extrajo arena para emplearla luego en el sector de la construcción. El impacto de estas canteras era importan-

te, y se aprecia perfectamente en las fotos aéreas. Para recoger arena se destruían las dunas fósiles que el bosque había colonizado, y que tienen una altura considerable. En algunos rincones vemos montones de piedras recogidas también en la excavación, y que eran desechadas. El lugar de esa cantera parece hoy una especie de gran anfiteatro y resulta un enclave pintoresco. La ruta nos conduce ahora a otro cruce. La desviación de la izquierda está fuera del circuito visitable. Corresponde al antiguo camino de la cantera y lleva al **Turó de s'Arena**, bien empedrado para el paso de camiones. Transcurre por el bor-

En la zona del Turó de s'Arena hay un pequeño encinar.



de más meridional de S'Ametlerar, pero cuando se acerca a la carretera deja a la derecha una zona curiosa. Aquí crecen unas encinas de pequeño tamaño, que contrastan con las dunas de arena donde se levantan.

En un montículo conocido como el Turó de s'Arena se aprecian restos de bloques que probablemente también tienen su origen en una construcción antigua. Es una pequeña elevación casi pelada, que se levanta a pocos metros de la carretera.

Volvemos al cruce. Siguiendo el Itinerario 4 nos internamos en el pinar, dejando una pequeña balsa a la izquierda en medio de un calvero. Unos 100 metros después vemos dos caminos más a la derecha, también de acceso restringido. El de la derecha lleva a otras **canteras de arena**. La profundidad de la excavación es considerable, y alcanza en algunos puntos los 4 metros. El de la izquierda conduce hasta la carretera.

Si continuamos hacia la derecha por el Itinerario 4, entramos en la segunda parte de esta ruta. Hasta ahora bordeábamos la zona agrícola y cruzábamos por antiguos lugares de extracción de arena. El paisaje cambia y vemos una zona de bosque espeso, donde las luces del atarde-

cer crean efectos de gran encanto si el día es despejado. Cuesta trabajo imaginar que se está tan cerca de los núcleos turísticos, porque todo parece evocar los tiempos medievales en que ciervos y cerdos asilvestrados corrían por estas soledades.

La segunda parte del camino se dirige directamente hacia el mar, atravesando el pinar y la *garriga* (zona de matorral). El primer camino que sale hacia la izquierda conduce hacia los límites de la propiedad, marcados por una verja. En esta zona se contemplan algunos madroños al borde del camino.

Continuamos por el Itinerario 4, atravesamos primero un sector del bosque y luego otra parte mucho más despejada, donde los grandes pinos parecen un decorado. Después de un rato vuelve otra vez el pinar, y volvemos a encontrar un camino hacia la derecha que nos llevaría a los itinerarios 2 y 3.

El Itinerario 4 nos adentra en una zona despejada con una vista inmensa sobre la bahía y el Illot des Porros. Es un gran horizonte, especialmente hermoso en las horas finales de la tarde. Acaba llevándonos a la altura de la necrópolis de la Punta des Fenicis.



3. La costa



El Illot des Porros visto desde las inmediaciones de la Punta des Patró.

La punta des Patró

Comenzaremos nuestra visita a la costa de Son Real por su parte más oriental, suponiendo que la mayor parte de los visitantes recorren el Itinerario 2 que acaba en el refugio. En esa zona, después de un bosque de pinos espectacular pasamos una barrera y entramos en las dunas. La panorámica que se contempla desde aquí es una de las más hermosas de la finca. Tenemos enfrente mismo la **Punta des Patró**, un promontorio rocoso que se adentra

150 m. en el mar. Ese entrante, que forma un pequeño seno de arena en su parte central, coincide con el límite más oriental de la finca. A partir del Arenal d'en Casat, que se extiende a lo largo de una extensa playa, ya es otra propiedad. Al lado vemos el Illot des Porros, y junto a nosotros se levantan las dos torres de enfilación. La Punta des Patró conserva el recuerdo de un pescador que vivió aquí. En las rocas, muy frecuentadas por bañistas, vemos también dos rampas o entradores para barcas talladas en la roca. La gente mayor que vivió en Son Real recuerda



Entradero tallado en la roca en la Punta des Patró.

a un pescador manco que habitó durante una temporada en la barraca. Era un personaje peculiar, entre otras cosas porque tenía la costumbre entonces poco usual de bañarse desnudo. El *amo* de la *possessió* le dejó una pequeña barca, y él a pesar de contar con sólo una mano hacía buenas capturas, y vendía luego el pescado en Can Picafort.

Cuando pasamos la punta, encontramos una pequeña playa. Allí podemos contemplar uno de los muchos laboratorios de arena con que cuenta esta costa. En la ribe-

ra se amontonan conchas y restos de animales marinos que, con la posterior erosión marina, acabarán convirtiéndose en arena.

Vemos también diversos bloques de piedra, en la zona que toca a las dunas a unos 20 metros del mar. Son los restos de un interesante **santuario de época talayótica** y romana. En esa zona la arena forma una especie de talud que revela la existencia de estructuras enterradas. El mismo equipo que excavaba la necrópolis de la Punta des Fenicis descubrió que un clandestino había buscado



Santuario talayótico de la Punta des Patró durante su excavación.

en este lugar el año 1996. Dos años más tarde se empezó a excavar científicamente. Apareció una construcción muy interesante: un recinto en forma de herradura, con una antecámara, construido con grandes losas. A pesar de su pequeño tamaño (unos 8 metros de largo por otros tantos de ancho), contaba con un elemento muy sugerente: una losa de 1,7 metros clavada verticalmente y que sobrepasaba la pared recordaba, aunque de forma muy tosca, las taulas de Menorca. Es un hecho significativo, puesto que en Mallorca no existen hasta ahora paralelos

a este tipo de monumentos, propio de la balear menor. Otros elementos que recordaban a los santuarios menorquines era la frontalidad de la losa, situada justo frente a la entrada como si fuese un elemento cultural, así como unas columnas adosadas sin función estructural. La fachada era también ligeramente cóncava, como otros santuarios talayóticos mallorquines. El subsuelo estaba lleno de cenizas, huesos de cabra quemados y restos de cerámica. Entre ellos había muchas piezas ibéricas, algunas de Ibiza, ánforas y cerámica cam-



El santuario tal como se contempla en la actualidad, tras quedar cubierto por piedras y arena por un temporal.

paniana. El fragmento más interesante era de cerámica ebusitana con un grafito en latín. La inscripción, realizada con punzón cuando la pieza estaba todavía blanda, reza "CAENO UBI". A pesar de no haberse podido traducir con exactitud, se fecha en el siglo II a.C. y se considera que tanto pudiera ser un antropónimo (Caeno, hijo de Ubo) como el nombre de un dios local. Si así fuera tendría mucha importancia, ya que se desconoce todo sobre el panteón de divinidades de la cultura balearica. Todo demostraba que había sido un lugar de culto en el

que se realizaron sacrificios, la misma función que cumplían los recintos de taula menorquines. La cronología parecía muy dilatada. En un primer momento se levantaron algunas estructuras y dos hogares de piedra, muy bien contruidos. Quizás servían ya para realizar sacrificios. Esa primera fase podía remontarse al período entre los siglos VI y IV a.C. La segunda fase correspondía a la construcción del edificio, que estuvo en uso entre los siglos III y II a.C. De esa manera se demuestra que la costa de Son Real siguió siendo un lugar sagrado, con culto a divinidades

funerarias, ya entrada la dominación romana. La forma de ese pequeño santuario recuerda también a las grandes cámaras funerarias del cercano Illot des Porros.

Desgraciadamente, este complejo de la Punta des Patró sufrió también los estragos del temporal de 2001. Las olas barrieron la arena, cubrieron el yacimiento y tumbaron varios de los bloques de piedra. Hoy sólo se contemplan sillares dispersos. Pero hay que imaginar que este fue un lugar escogido para invocaciones y prácticas religiosas, que de alguna manera tendrían relación con el mar. En ese aspecto, los arqueólogos que han excavado Son Real han escrito: "Posiblemente el trayecto entre el o los poblados a las necrópolis marítimas a través del pinar de Son Real reforzara la idea, y constituyese parte de ella, del tránsito ritual al más allá, un viaje que quizás continuase simbólicamente por mar".

La playa que se extiende a partir de ahí hacia levante se conoce como el **Arenal d'en Casat**. En el mapa del Cardenal Despuig, fechado en 1785, este arenal se denomina "Mar de las donas", quizás porque fuera el punto donde se bañaban las mujeres. El promontorio que cierra la playa es la Punta Llarga de Son Real. El Arenal d'en Casat y

la zona de pinos cercana sirvieron durante años para que la gente de Petra pasara algunos días de asueto. En verano, acabadas las labores del campo, llegaban las familias en carros. Entre los árboles extendían algunas sábanas, a modo de tiendas de campaña, y pasaban varios días. Era un momento festivo para disfrutar del mar, del tiempo libre, de las comidas y las sobremesas con la guitarra. La gente mayor se acuerda de que, a pesar de la afluencia, jamás hubo ni un incidente. Los visitantes siempre eran muy respetuosos.

La parte final de esta playa cuenta con una historia especial, y es conocida popularmente como **Es Meteorito**. Ello se debe a algo que sucedió en la madrugada del 12 de junio de 1944. En Ibiza la prensa recogió que "las contadas personas que a dicha hora velaban viéronse sorprendidas de repente por una brillantísima claridad que convirtió la oscura noche en pleno día". Según la revista *Urania*, los testigos "vieron con admiración un gran reguero de luz en el cénit, de la anchura como de una barca de pesca, del cual se desprendían por ambos lados incontables chispas y que se dirigía hacia Mallorca".

La misma noche, algunas personas de Santa Margalida afir-

Piedras ferruginosas del supuesto *meteorito*.

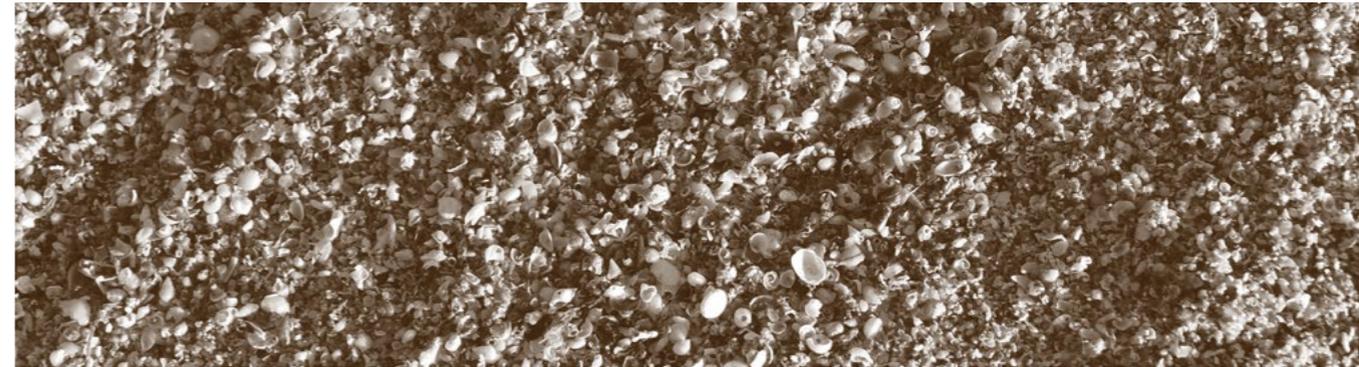


maron haber escuchado una gran explosión en el mar. Y hay quien asegura incluso haber divisado una gran columna de humo. La revista *Astrum* de la Agrupación Astronómica de Sabadell publicó en 1983 un artículo de Salvador Sánchez, donde relataba: "Pude localizar a la única persona que llegó al emplazamiento cuando aún no habían transcurrido 24 horas del impacto. Don Canuto Boloqui Alvarez, militar retirado, gran aficionado a la pesca, pasaba por el lugar y según su relato quedó horrorizado ante el inmenso destrozo causado en la piedra de 'mares' totalmente chamuscada y desintegrada. Empotrada en el terreno como si fuese una bala maciza se encontraba una piedra negra de unos 60 por 40 cms y al intentar removerla sufrió quemaduras leves en ambas manos".

Sánchez asegura que "los más viejos del lugar aseguran que el estampido pudo oírse a más de 15 kms y se creyó con certeza que se debía a la explosión de un polvorín de los existentes durante la contienda civil". El autor aseguraba que "el núcleo se encuentra enterrado por la acción del mar a unos dos metros de profundidad, sepultado por sus propios restos, piedras y arena que durante 42 años ha ido acumulando. Se le calcula un peso de 100 kgs".

Desde entonces se adjudica al presunto meteorito una gran extensión de piedras oscuras, cristalizadas y con gran componente ferruginoso que aparecen dispersas por la arena. Sobre todo después de que algún temporal haya removido la playa. Muchos son los que han ido a recoger los restos de ese "bólide celeste", que ha pasado a ser otro de los mitos de Son Real aunque cayera fuera de los límites de la finca.

Sin embargo, no todos están de acuerdo, y algunos historiadores como Andreu Muntaner dudan de la existencia del meteorito. En este sentido recuerdan que en el siglo XIX naufragó en esta costa un barco cargado de mineral de hierro. Los habitantes de los alrededores extrajeron durante días el cargamento, acumulándolo en la playa, que en una parte recibió por ello el nombre de Es Clot des Ferro.



En Son Real se pueden contemplar acumulaciones de conchas y corales que, posteriormente, formarán la arena.

Arena

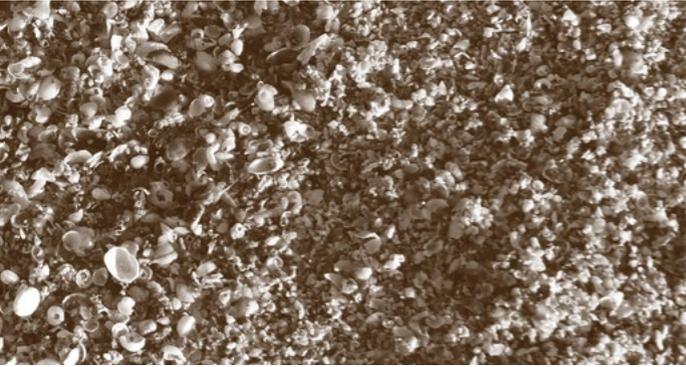
Una de las características de las playas de Baleares es una arena fina, agradable al tacto y de color brillante. La diferencia con la arena de otros lugares de la costa peninsular es notable y tiene una explicación. En la Península Ibérica el mar recibe muchos aportes de los ríos, formados por depósitos minerales. Y la fuerza de las aguas los acaba convirtiendo en arena, a veces con componentes pizarrosos o graníticos. En cambio, en las Islas la ausencia de ríos hace que ese componente mineral sea muy escaso. La arena se forma a partir de un origen biológico: son millones de pequeñas caracolas, conchas, corales, los que se van triturando hasta convertirse en una arena casi nacarada. Esa imagen que siempre se asocia a las playas paradisíacas.

El proceso de la formación de arena comprende por lo tanto varias fases. En primer lugar la acumulación de esos restos biológicos, depositados en la zona de vaivén y lentamente desmenuzados por las olas. Cuando empiezan a romperse, se contempla un manto de

minúsculos fragmentos, que en su siguiente fase serán arena.

A esa dinámica se une el propio funcionamiento de las playas vivas. La zona litoral está en necesaria interrelación con la marina. Las olas depositan la arena en la costa, donde se forman las dunas. Pero esa arena a su vez vuelve al mar, cuando se produce algún temporal. Esa especie de *respiración* continua entre la parte sumergida y la terrestre se completa con la acción de las hojas de posidonia, que protegen la arena depositada en la costa de las olas. Una playa viva es aquella en la que este ciclo no se ha interrumpido. Pero cuando se construyen caminos en la orilla o se retira la posidonia, la *respiración* de la arena se interrumpe. Y la playa puede perder arena más fácilmente.

Uno de los grandes atractivos de Son Real es contar con un laboratorio de arena al aire libre. En muchos rincones de su costa, entre las rocas, contemplamos los restos orgánicos que luego serán arena. Su color oscila entre



el blanco vivaz y los tonos incluso carmines. En otros lugares contemplamos esos restos ya desmenuzados, pero todavía conservando una cierta integridad. Luego hay pequeños arenales como el situado junto a la Punta des Patró donde la arena está formada, y cuando entran las olas arrastran incluso pequeñas barreras de granos de color granate, dibujando una especie de líneas muy pictóricas.

La arena es por lo tanto un testimonio biológico de primer orden, y es necesario cuidar de que los ciclos de su producción y reposición no se interrumpan. De la importancia de ese proceso da cuenta un libro fundamental que fue editado por la Universitat de les Illes Balears: *Alternatives a la dependència de les platges de les Balears de la regeneració artificial continuada: informe Metadona*, de Antonio Rodríguez-Perea, Jaume Servera y José Ángel Martín.

'Algars'

El recodo que forma la costa entre la Punta des Patró y las canteras que ocupan el segundo promontorio rocoso se caracteriza por las **acumulaciones de posidonia**. Aquí pueden llegarse a contemplar hasta montículos de más de dos metros, formados por las hojas de esta planta marina (conocida popularmente como *s'alga*). Este producto ha sido tradicionalmente utilizado para abonar o esparcir en las pocilgas. Durante una época se empleó también para elaborar colchones, ya que se creía que sus efluvios eran salutíferos. A veces se forma una pequeña laguna en el rincón más protegido, donde se combina el agua estancada con el marrón oscuro de la posidonia.



La posidonia forma grandes acumulaciones frente al Illot des Porros.

La posidonia

Hasta hace muy poco, la gente ignoraba el nombre de la Posidonia oceánica y tendía a llamar *alga* a cualquier especie vegetal marina. Hoy sin embargo es de común conocimiento que la Posidonia es un elemento fundamental para la vida marítima en el Mediterráneo. No se trata de un alga, sino de una planta submarina con raíz y flores. Su historia biológica es curiosa, ya que nació en el mar como toda la vida del planeta, después colonizó la tierra, pero más tarde regresó al mar. En mayo de 2006 se halló en aguas de Formentera un ejemplar de Posidonia de 8 kilómetros de largo. Fue considerado como el ser vivo más grande de la Tierra. Su edad se ha estimado en 100.000 años, y crece a un ritmo de 2 centímetros por año.

La Posidonia forma extensas praderas que constituyen criaderos no sólo de vida, sino también de suelo. Puede multiplicar la superficie de su sustrato entre 20 y 50 veces. La Posidonia es al fondo submarino lo que los bosques representan para el medio terrestre. Habita sobre

todo en fondos arenosos a una profundidad menor de 40 metros. Es la típica imagen de esas praderas de hojas movedizas, agitándose a impulsos de la corriente. La media de vida de estas plantas es de 30 años, por lo que su destrucción por el fondeo de embarcaciones, las extracciones artificiales de arena, la contaminación o las especies introducidas como el *alga asesina* *Caulerpa taxifolia* es muy grave.

De la importancia de su papel nos habla la cantidad de vida que surge de esas praderas. En primer lugar, sus hojas están recubiertas de pequeñas algas que acceden de esta forma a la luz y de diminutos invertebrados que filtran las partículas en suspensión. En el interior de la pradera se refugian varias especies de estrellas de mar y numerosos erizos que se nutren de esta planta. Lo mismo ocurre con los cefalópodos: pulpos y sepias. Los pulpos viven en agujeros y las sepias se esconden entre las hojas, cerca del fondo, adaptando su color para asegurarse un camuflaje. Ambos se alimentan de



fauna que frecuenta este ecosistema como camarones, cangrejos y peces pequeños.

La Posidonia por lo tanto es un territorio favorable para numerosos peces que se alimentan de crustáceos, erizos, moluscos, gusanos... Esta planta hace entonces la doble función de despensa y de lugar de cría, ya que entre sus rizomas y hojas crían muchas especies.

Otra de las funciones favorables de la Posidonia es que amortigua la fuerza de las olas, con lo cual contribuye de forma doble a la conservación de la arena: por un lado alberga a los organismos de cuyos caparzones se forma, y por otro evita que la erosión marina se lleve más arena de las playas.

No es extraño entonces que la Posidonia sea en estos momentos una planta muy valorada, sobre todo por su carácter endémico del Mediterráneo. Se realizan muchos esfuerzos para evitar que las praderas se dañen o destruyan.

En Son Real podemos contemplar tres efectos de la Posidonia. El más espectacular consiste en las grandes acumulaciones de hoja, que llenan rocas o playas.

El rincón de la Punta des Patró suele estar cubierto por

un manto considerable de esta materia. Pero también encontramos las típicas *pilotes* o bolas de rizomas secos, que el mar ha ido rodando hasta darles una perfecta forma esférica. Igualmente, cuando la Posidonia florece (que no es cada año) llegan hasta aquí unos frutos en forma de aceituna, que suelen aparecer entre los meses de mayo y junio.



Las dos torres o marcas de enfilación de Son Real.

Las torres de enfilación

Un elemento característico de la bahía de Alcúdia son las **torres de enfilación**. En total, se construyeron 14 parejas de estas torretas (en los mapas militares aparecen como "marcas") desde la Albufera hasta la Colònia de Sant Pere. Estaban pintadas de blanco, numeradas y con señales rojas. Servían para los ejercicios de minas y torpedos de los submarinos del Polígono de Armas Submarinas, que funcionó de 1941 a 1970. Los sumergibles navegaban por el centro de la bahía y buscaban los pun-

tos concretos por enfilación (línea de posición obtenida por medio de la superposición de dos objetos que se ven desde el mar). Enfilando dos parejas de torres se obtenía una u otra situación preestablecida. Estas construcciones se encuentran plantadas de forma regular, separadas entre sí por un intervalo de 1.240 metros. A su vez, cada dos torres distan entre sí 200 metros. En el núcleo urbano de Can Picafort se pueden contemplar otras dos de esas torres restauradas en su estado original.



Entrada de la Cova de davant s'Illot des Porros.

La Cova de davant s'Illot des Porros

Uno de los elementos que más llaman la atención en esta rinconada es la cueva que se abre en un pequeño altiplano rocoso. Suele aparecer bajo el nombre de la **Cova de davant s'Illot des Porros**, y antes de que el Govern comprara la finca era utilizada a menudo por *okupas* veraniegos. Esta cavidad nos sirve para introducirnos en la pequeña meseta rocosa que se levanta tras la playa, con diferentes puntos de interés.

Antes de acercarnos a la reja que marca la propiedad, y que se puede salvar por dos *botadors*, conviene reparar en los restos de un **muro ciclópeo** que cerraba el espacio que la precede. Se contempla la línea de sillares al borde mismo del camino.

El hecho de que en este sector se encuentren al menos cuatro yacimientos funerarios permite pensar que fue un lugar de alto valor religioso. Tal vez, ese muro sirviera para delimitar el espacio sagrado anterior a las tumbas. La cueva es una cavidad artificial de enterramiento. Pertenece a la fase pretalayótica y puede tener unos 3.500 años de antigüedad. En algún momento posterior fue bastante modificada, ya que estas cuevas funerarias seguían siempre el mismo modelo: una cámara central de forma alargada, nichos en las paredes, y una entrada muy estrecha



Segunda cueva funeraria situada frente al Illot des Porros, de menor tamaño que la anterior.

muchas veces con antecámara. En este caso parece que la parte primera ha desaparecido, ya que se abre directamente en la cámara. También en el interior podemos ver los restos de paredes que la dividieron. En la entrada se habilitó un muro de cierre, y hay indicios de una especie de goznes. Es curioso el orificio que se advierte nada más entrar a la izquierda. En el interior vemos cuatro nichos cavados en la roca, típicamente funerarios. Y otro más pequeño probablemente posterior. La cueva tiene unos 8 metros de profundidad por unos 3 de ancho.

Uno de los usos que experimentó esta gruta fue el servir de guarda o puesto de vigilancia costera. Así, en un mapa de atalayas pintado por la escuela de Miguel Bestard en el siglo XVII están marcadas todas las torres de vigilancia. Y aparece reseñado un punto en las "Illas dels Porros". Lo mismo ocurre con el famoso mapa del Cardenal Despuig, del siglo XVIII, donde aparece el signo de una guarda de costa en ese enclave. Teniendo en cuenta que era un buen refugio para los vigilantes, lo más probable es que

se habilitara la antigua tumba colectiva como sumario destacamento.

De hecho, en el siglo XIX volvería a estar muy vigilada esta costa. Cuando estalló la guerra entre la Francia napoleónica e Inglaterra, España fue al principio aliada de los franceses. Se temía entonces que la poderosa flota británica, que había abandonado hacía bien poco Menorca, llevase a cabo un desembarco en Mallorca. Y el lugar en que estaban convencidos de que se produciría era éste: la ribera de Santa Margalida. Finalmente, se produjo el levantamiento del 2 de mayo y España cambió de lado, con lo que desapareció la amenaza británica. Antes de subir a lo alto de la plataforma rocosa donde se abre la cueva, seguimos el borde inferior. Cuando llegamos a un espolón, que coincide con el final del muro ciclópeo, la pequeña elevación retrocede ligeramente. En ese recodo se abre una segunda cueva, mucho más pequeña y sin una forma tan definida. Aunque los arqueólogos la consideran también como de uso funerario.



Dolmen de la Creu d'en Cobertella, en Roses (Girona).

Los sepulcros megalíticos

Habitualmente, cuando se habla de sepulcros megalíticos o dólmenes la imagen que viene a la mente es la típica mesa de piedra (eso significa *dolmen* en bretón). Es decir, una gran losa soportada por otras cuatro. En Mallorca, sin embargo, esa imagen hasta el momento no existe. Los sepulcros megalíticos hallados hasta ahora (Son Bauló, S'Aigua Dolça y Son Real) son pequeños y discretos. Para empezar, les falta la losa de cubierta. Su tamaño es reducido y no tienen tampoco un largo corredor como los del área catalana. Lo que contemplamos es un cuadrilátero de losas, y una de ellas perforada. Por ese agujero se accedía al interior de la cámara funeraria. Originalmente, los sepulcros megalíticos tampoco tenían este aspecto. Todos estaban cubiertos por un túmulo de tierra y piedras, que lo convertía en un montículo con sólo el orificio de la entrada. Esta puede ser la razón de

que hayan aparecido tan pocos. Probablemente queden bastantes por descubrir, todavía cubiertos de tierra. Las piedras que se colocaban en círculo alrededor del monumento servían para la contención de dicho túmulo. Los sepulcros megalíticos constituyen la primera arquitectura que se dio en Europa. La tradición megalítica (de *mega* grande y *litos* piedra) se extendió por todo el continente a partir del Neolítico y duró en muchos casos hasta el principio de la edad del Bronce. Es decir que los dólmenes más antiguos pueden llegar a tener hasta 7.000 años. Era una arquitectura simbólica. La cámara simbolizaba el espacio para los muertos, que se consideraban todavía como una presencia mágica. La losa perforada era el umbral entre el mundo de los vivos y los muertos. El territorio donde se levantaban se consideraría altamente sagrado.



Restos de un sepulcro megalítico, el monumento arqueológico más antiguo de Son Real.

El sepulcro megalítico

Para subir a la parte superior del altiplano rocoso se abrieron varios senderos en la roca, probablemente ya de antiguo. Desde allí tenemos una visión magnífica de la bahía, con el Illot des Porros centrado la visión. A las horas del atardecer, los juegos de azules, verdes, ocre y malvas resultan espectaculares.

Aquí encontramos el tercer monumento funerario. Se trata del **sepulcro megalítico** que se halla justo en la línea del Illot des Porros. Hay que fijarse un poco porque, a pesar de estar anunciado como dolmen, no tiene cubierta y consiste únicamente en un enlosado de grandes piedras

y unas lajas formando una especie de recinto cuadrado. Los sepulcros megalíticos están considerados como los monumentos más antiguos construidos por el hombre en Mallorca. Su antigüedad puede rondar los 4.500 años. Eran tumbas colectivas y respondían a pequeñas comunidades de tradición megalítica. Este monumento fue excavado en 2003 por un equipo de arqueólogos dirigido por Lluís Plantalamor. La tumba ya había sido saqueada en parte, pero no dio apenas hallazgos importantes, lo que hace pensar a los investigadores que no llegó a ser acabada. Del material extraído se reconocieron piezas de una larga secuencia: desde el pretalayótico hasta fragmentos de cerámica grecoitalica. También se recono-



El sepulcro megalítico, la cueva y el Illot des Porros se encuentran casi en línea.

cieron fragmentos de piedra tallada que se emplearon como herramienta para abrir los surcos en la roca, donde luego se clavaron las losas. Se recogió un fragmento de pizarra, que hubo de ser forzosamente importada de la Península o Menorca, ya que en Mallorca no se encuentra. No aparecieron restos humanos.

Un sendero une este lugar con la parte final del itinerario 3. Si lo seguimos unos 30 metros en dirección a Can Picafort dejamos a nuestra izquierda una pequeña elevación de unos 17 metros de altura sobre el nivel del mar. Buscamos su parte más elevada y hallamos, aunque poco visibles, los restos de otro **monumento funerario** muy destruido. Mascaró Passarius lo define como "ruinas de

una construcción con planta y características semejantes a las de la necrópolis". De hecho, lo que se distingue es una línea más o menos circular de losas. La situación dominante nos habla del carácter simbólico de esta ruina, todavía sin investigar.

Pocos metros más hacia el interior encontramos un amontonamiento de bloques de piedra y restos de tejas, que indican la existencia de una **barraca destruida**. Al lado, se abre una antigua cisterna o depósito, con la cubierta a cielo abierto.



El Illot des Porros toma su nombre de esta planta tan característica, aquí en primer plano.

S'Illot des Porros

Desde esta zona contemplamos perfectamente el **Illot des Porros**, situado enfrente nuestro a unos 100 metros de la costa. Llama la atención su forma redondeada y plana. Apenas llega a los 3.050 m² de superficie, con una altura máxima que no sobrepasa los 4 m. En su parte norte se divisa otro escollo más pequeño, que se denomina tradicionalmente S'Illotet según recoge el archiduque Luis Salvador en su libro sobre Mallorca. Allí suelen colocarse los cormoranes con las alas abiertas, para secarlas al sol. El Illot des Porros recibe su nombre de los puerros silvestres que crecen en abundancia. La mayor parte de su contorno es de roca, salvo una pequeña zona de arena en su parte sur.

Nadie diría que ese exiguo pedazo de tierra pudiera tener un papel importante en la historia. En los años 60, coincidiendo con la excavación de la Punta des Fenicis, el equipo de Miguel Tarradell descubrió en el islote un espectacular complejo religioso. Se trataba de tres grandes cámaras talladas en la roca y a un nivel inferior al suelo. Estaban cerradas por muros de aparejo ciclópeo, con unas escaleras talladas en la roca para descender a ellas y grandes columnas en el interior. La impresión era

magnífica, el espacio abierto y los grandes aparejos de piedra transmitían un espíritu bárbaro y grandioso a la vez. La planta de esas cámaras es mucho más grande que las tumbas de la necrópolis de la Punta des Fenicis, y recuerdan en muchos aspectos a los santuarios talayóticos. Aunque han sido siempre consideradas como tumbas, sugieren más la imagen de un lugar de culto convertido posteriormente en recinto funerario.

Tarradell ya hizo constar que estas construcciones no tenían parangón en todas las Baleares. Durante la excavación encontró una gruesa capa de cenizas con restos de ofrendas y enterramientos por incineración. La parte inferior de estos recintos todavía aparecía ennegrecida por las llamas. En eso recordaba también al santuario de la Punta des Patró, descubierto muy posteriormente. Los restos humanos aparecían encogidos, probablemente atados con cuerdas o tejidos en posición fetal. Una característica semejante a las deposiciones funerarias de la necrópolis de la Punta des Fenicis. Los cuerpos hallados fueron objeto de estudio por Assumpció Malgosa. En total, eran 230 individuos que fueron sepultados entre los siglos VI-II a.C. Perteneían a todas las edades y sexos, aunque la etapa con mayor mortalidad parecía ser la de adulto-joven.



Las grandes cámaras del Illot des Porros fueron destruidas por un temporal en el 2003.

La estatura era casi tan alta como la normal a principios del siglo XX. El 16% de los individuos eran braquimorfos (prevalencia de la anchura sobre el largo del cráneo), lo que revela un posible origen oriental, tal vez púnico.

Mascaró Passarius, que asistió a la primera excavación junto con otras figuras importantes de la arqueología de aquel tiempo como William Waldren, recordaba: "Uno de los esqueletos inhumados, seguramente una mujer, llevaba en brazos el esqueleto de un niño de corta edad. ¿Qué drama humano se esconde aquí?".

En 1996 volvió a excavarse el islote. Apareció entonces un nivel inferior, que demostraba que en época pretalayótica ya había existido una construcción. Se descubrieron nuevos enterramientos, entre ellos uno infantil en medio de varias losas. De la investigación se desprendía que la cámara situada hacia la izquierda (mirando desde tierra) era la más antigua. La de la derecha fue construida a continuación, siendo la última la situada entre ambas. En los alrededores surgieron más enterramientos, alguno siguiendo el mismo modelo de la necrópolis de la Punta des Fenicis. Igualmente se descubrió un muro que cerraba el conjunto funerario por el norte, para protegerlo de la acción de las olas.

Una pregunta que surge al instante es si el islote era tal en los tiempos prehistóricos. Parece razonable pensar que no. Es posible que el mar haya terminado por co-

merse un istmo rocoso que uniera esa punta con tierra. Porque también la necrópolis de la Punta des Fenicis está construida sobre un promontorio y ha perdido una parte importante de sus tumbas, erosionada por un crecimiento del nivel del mar. Resultaría lógico pensar que los enterramientos se realizaban en un lugar con acceso por tierra, ya que lo contrario supondría una notable dificultad. Las aguas del Illot des Porros han sido pródigas en hallazgos. aquí se han recogido por ejemplo piezas de azabache, un mineral que no es propio de Mallorca. También aparecieron unas piedras esféricas trabajadas, con un diámetro de unos 20 cm. Estas piezas fueron interpretadas como proyectiles de catapulta, y abundó la tesis (seguida entre otros por el arquitecto y conservador artístico Gabriel Alomar) de que este pudo ser el lugar donde desembarcaran las tropas romanas en el 123 a.C. En aguas de Son Real se han recogido otros restos de pecios, como ánforas romanas.

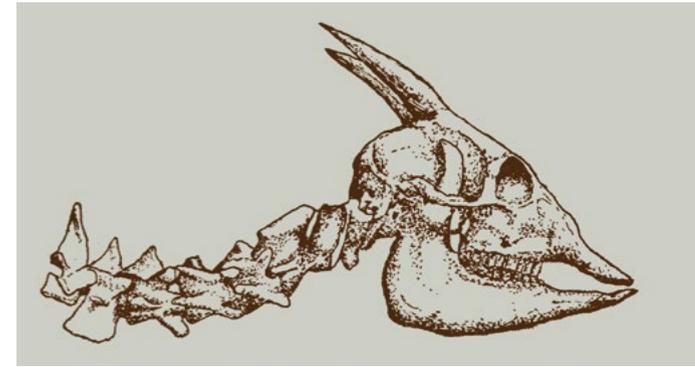
El papel funerario del islote no acaba en la antigüedad. Los enterramientos continuaron practicándose en la Edad Media. Ello fue la causa de una tragedia, recogida por el historiador Antoni Mas. En 1348 se produjo en Ma-

llorca el primer caso de peste negra. Era una enfermedad sumamente contagiosa causada por el Bacilo de Yersin. Causaba fiebres y bubones o bultos ulcerosos, provocando hemorragias cutáneas de color negro y azulado, de donde le vino el nombre.

Surgió en Asia, y pronto se extendió a la India, China y Próximo Oriente, dejando millones de muertos. La enfermedad se transmitía por las ratas y sus parásitos, y por lo tanto los barcos eran un importante reservorio. Eso explica que los culpables de su llegada a Europa fueran los marinos genoveses. La plaga asoló Génova, Venecia y Sicilia. De allí pasó a Marsella, y de ese puerto llegó a Mallorca. Al producirse el primer fallecimiento en la isla quisieron enterrar el cuerpo en un lugar bien remoto, y escogieron precisamente el Illot des Porros. Sin embargo, los responsables municipales de Santa Margalida pusieron el grito en el cielo, temiendo que la mortal epidemia se propagara. Ello obligó a desenterrar el cadáver, lo que efectivamente originó la propagación de la enfermedad. La peste negra salió del Illot des Porros para causar la muerte de la mitad de la población del término de Santa Margalida. Nada menos que la cuarta parte de los habi-

tantes de Mallorca murieron a consecuencia de la plaga. Los historiadores creen que la peste negra pasó de Mallorca a Catalunya y Aragón. Por lo tanto, el pequeño Illot des Porros causó indirectamente innumerables muertes en la Península Ibérica.

No acababa aquí el destino dramático de este islote. En 2003 un furioso temporal produjo lo que era de esperar. Las olas barrieron la parte norte de la isla, arrastrando tierra y rocas sobre las cámaras funerarias, lo que a su vez causó la caída de paredes y columnas. Tras aquel desastre, lo único que se puede contemplar es un montón de piedras sin forma alguna. Como pequeña compensación, al dejar la piedra de la mitad del islote totalmente descarnada, aparecieron huellas de myotragus fosilizadas en la roca. El myotragus fue un pequeño antilopino que evolucionó de forma peculiar en la Mallorca anterior al hombre. Estos animales paseaban por las dunas y dejaban sus pisadas. Si inmediatamente después llovía, y el viento cubría la impronta, la arena se fosilizaba conservando la marca del animal. El *marès*, que no es sino arena convertida en piedra, guarda el testimonio de un animal ya desaparecido.



El *myotragus balearicus*, según William Waldren.

El myotragus

La historia del Myotragus, una especie de antílope que fue evolucionando a causa de la insularidad hasta adquirir unas características singulares, resulta algo totémica. Su desaparición por efecto de la acción humana no deja de ser una lección de sostenibilidad en tiempos prehistóricos.

Hay dos momentos históricos que nos hubieran impresionado. El primero fue majestuoso: cuando, hace más de 8 millones de años, el Mediterráneo se desecó. Convertido en una llanura de sal, una geografía en negativo. Grietas, inmensas salinas blancas y deslumbrantes. Por aquel desierto estéril vagaban manadas de animales, en busca de sustento. Como unos antílopes que encontraron unas tierras desconocidas. Las montañas boscosas que después serían las Baleares. Y se quedaron.

Cuando se abrió el estrecho de Gibraltar, las aguas del Atlántico cayeron como una gigantesca cascada. El mar volvió a llenarse. Y las especies que se habían instalado en



Pisadas de myotragus fosilizadas en la roca del Illot des Porros.

las Islas quedaron aisladas en un hábitat cerrado, insular. Iniciando una extraña evolución. Porque después de aquella fotografía inicial de los antílopes sobre el fondo velado de la sal, llega la segunda. Cuánto hubiéramos dado por estar ahí cuando murió el último Myotragus. Quizás a manos del hombre, tal vez de hambre y enfermedad, de viejo o a causa de un accidente. Cuando cerró sus ojos, finalizaba una valiosísima historia biológica. Se perdía uno de nuestros tótems más antiguos y emblemáticos. Y sin que nadie levantara crónica. Hay que decir que, en el interín, aquel antílope llegado del continente se había transformado en un ser estrambótico. Sin depredadores que le amenazaran, los antílopes empezaron a perder agilidad. Se hicieron torpes y panzudos. Además, por una curiosa ley biológica, las especies que se desarrollan en las Islas suelen empequeñecer. Se hacen enanas. El antílope se transformó en antilopino para acabar convirtiéndose en un Myotragus. Literalmente, una cabra-rata (apenas 60 cm. de altura). La falta de estrés depredador favoreció su cre-

cimiento hasta niveles insoportables. Parece que Mallorca llegó a contar con tantos Myotragus que difícilmente encontraban alimento para sobrevivir. Muchos aparecen raquíticos, enfermos. Dado que la comida escaseaba, se hubieron de especializar en alimentos más difíciles, como las cortezas o los musgos. Fue así como el Myotragus fue perdiendo visión lateral para concentrarse en la frontal. Desarrolló un único par de incisivos que crecían constantemente. A fin de poder roer todo cuanto fuera comestible. Los arqueólogos creyeron durante un tiempo que los cráneos de Myotragus con los cuernos seccionados revelaban una acción humana. Era sorprendente, porque las fechas obtenidas por el Carbono 14 se remontaban a una antigüedad insospechada: casi diez mil años atrás. Hasta que se descubrió que eran los Myotragus quienes roían los cráneos de sus propios congéneres muertos. En busca de un poco de vitaminas y minerales. Las célebres "incisiones en uve" se habían transformado en una especie de vampirismo desesperado.

Los primeros hombres que llegaron a Mallorca debieron estar bastante desesperados para afrontar una aventura de ese calibre. Huidos de algún lugar donde era imposible subsistir, les tocó la lotería. Porque encontraron en Mallorca una superpoblación de Myotragus. Gorditos, suculentos, atolondrados, fáciles de cazar. Tal vez no sepamos nunca qué produjo la desaparición del Myotragus. Pero no hace falta ser premio Nobel para sospechar que su caza masiva por parte de los grupos humanos sería un factor al menos precipitados. En una noche clara, frente a una cueva o una cabaña, algún campesino pretalayótico se zampó la última pierna de Myotragus. No sabía que estaba extinguiendo una especie autóctona. Irrecuperable.

Ses pedreres

Podemos seguir el camino de la costa en la misma dirección inicial. En esta zona tenemos varios elementos de interés. Vemos un promontorio redondeado que se interna en el mar, situado más o menos a la altura del ángulo de la reja. Allí, a unos 6 metros del camino hacia el mar se conserva la base de un **muro** que forma una esquina. Su amplitud es considerable y bien pudiera corresponder a algunas de las instalaciones defensivas que se montaron en esta zona desde la Edad Media al siglo XIX. Muy cerca, y difícilmente distinguible entre la vegetación dunar, se conserva una **cista**. Un enterramiento practicado en la arena y señalado con pequeñas rocas. Su cronología es por el momento desconocida, aunque este tipo de tumbas son comunes en la época de dominio bizantino (alrededor del siglo VI d.C.). Entramos ahora en una gran zona de **canteras de 'marès'**, las más importante de Son Real. No es extraño que se practicaran al borde del mar porque el transporte de los bloques de piedra era más fácil y económico por medio de un *llaüt* que a través de carros. Sin embar-



Antiguo camino con roderas en la piedra.

go, vemos restos de un antiguo camino en la zona que bordea la verja, que denota el paso de estos vehículos durante mucho tiempo. Las canteras, probablemente utilizadas ya en la antigüedad, fueron abandonadas en la guerra civil.

La primera cantera es de pequeño tamaño y está cerca de la esquina de la valla. Al llegar a la costa tuerce hacia poniente y damos aquí con el primer **camino antiguo**, con los retejes o huellas de las huellas talladas en la roca. La antigüedad de estas marcas es

incierto, aunque sorprende que no tengan siempre la misma medida, como si no se tratase de un carro con ruedas y eje, sino de un vehículo de parihuelas, acabado en dos troncos. Eso explicaría la diferencia notable de anchura en según que tramo. Son una veintena de metros que nos recuerdan el tránsito por esta costa, entonces solitaria, de hombres que buscaban piedra o *alga*.

Las canteras se extienden por la orilla y por el interior. Justo en la zona marítima forman un paisaje fantástico



Las canteras más grandes de Son Real se encuentran junto al mar.

de planos inclinados y cortes en zigzag. Caminando hacia el bosque aparecen más desmontes tallados, con la huella de la *escoda* en cada centímetro.

Esta zona de las canteras resulta muy pintoresca por la variedad de formas, los rincones insospechados y la evocación de otros tiempos en que la vida era mucho más dura. Al parecer, estas extracciones dejaron de utilizarse en los años treinta, y quizás se abrieran aprovechando las que se utilizaron para construir la necrópolis de la Punta des Fenicis.

Detalle de un ángulo de las canteras.





Las canteras

El mundo de los *trencadors* o canteros duró desde la antigüedad remota hasta la década de 1950. En ese momento la introducción de máquinas acabó de repente con un oficio y una tradición manual. Lugares como Muro, Petra o S'Arenal fueron famosos por sus grandes canteras, que daban trabajo a muchas familias. Al ser la extracción manual, los cortes en la roca resultaban irregulares. Los *trencadors* iban buscando las mejores vetas de piedra de marés y por eso cambiaban a veces de orientación. Sin embargo, la extracción mecánica deja unos planos regulares y perfectos, unos vacíos que parecen grandes anfiteatros y que de hecho en lugares como Ciutadella se han empleado para ese uso.

Una cantera es una verdadera exhibición de ingenio humano. Los *trencadors* se enfrentaban con un terreno cuyo interior no podían adivinar, y sólo contaban con su fuerza y sus instrumentos. Encima del *marès* suele haber una capa de tierra y materia poco aprovechable. Por lo tanto, intentaban atacar directamente las vetas buenas en lugares donde afloraban de costado, o bien haciendo extracciones subterráneas.

Hay que tener en cuenta que muchas veces el *marès* mejor es el más profundo, por lo cual los canteros iban sacando capas y buscando la zona más aprovechable. En algunos lugares vemos que la extracción se interrumpió, o se fue hacia otro lado. A veces era por la aparición de vetas con piedras calizas, lo cual disminuía la calidad de la piedra arenisca. Un *trencador* adivinaba la calidad de la piedra con su sonido, lo que le advertía de piezas demasiado frágiles. Era lo que se llamaba *escoltar sa pedra* o *fer cantar sa pedra*.

Un apartado fundamental era el *molí*, un molino que permitía subir las piezas con una cuerda desde cierta profundidad. Eso explica la existencia de canteras muy profundas, a las que a veces era difícil descender. Después, gracias a ese sistema se podían alzar las piezas.

Para romper la piedra el cantero utilizaba sobre todo la *escoda*, una especie de pico reforzado con dos puntas. Además, se empleaban otros útiles como el *tallant*, una especie de hacha para igualar los bloques; el *picot* o maza; la *picassa*, que era medio maza y medio *escoda*; el *perpal*, una barra de hierro para desenganchar el bloque; el *cà-*

vec, un azadón que recogía el *sauló* o restos arenosos; así como *llaunes* y *tascons* que se empleaban como cuñas.

El sistema de extracción era el siguiente. En primer lugar, escoger el terreno, limpiarlo del manto de tierra, aplanar los salientes y dejarlo listo.

A continuación, venía el trabajo de trazar las regatas con la *escoda*, que marcaban la medida de los futuros bloques. Se trazaba así la longitud y anchura de las piezas, y en una esquina se sacrificaba uno de ellos con la maza. Aprovechando el hueco se trazaban los límites del primer bloque de piedra. Luego se introducían las cuñas. Y, con gran cuidado, se arrancaba utilizando el *perpal* como palanca. Era una operación difícil que precisaba de experiencia, para saber forzar la piedra sin llegar a romper el bloque.

En algunas canteras se contemplan unos escalones, que servían para subir manualmente y por rotación las piezas de *marès*. Era un trabajo duro, expuesto a los rigores del clima, y muchas veces lejos del pueblo. Eso obligaba o bien a largas caminatas o a construir sumarias barracas donde permanecer durante las jornadas de trabajo.



Sa Coveta, una cueva funeraria de enterramiento.

Sa Coveta

Al mismo nivel del camino, en la zona de las canteras, encontramos una cueva tallada en la roca. Se conoce como Sa Coveta o **Sa Cova de ses Pedreres** y es también una construcción de tipo funerario. El mismo equipo que excavó el sepulcro megalítico estudió el monumento. Está considerado como un pequeño hipogeo, de menos de 3 metros por lado. Los arqueólogos destacan el hecho de que tenga planta circular y la datan aproximadamente hace unos 4.000 años, en tiempos pretalayóticos. Lo que llama más la atención es la talla de la entrada y el muro lateral que la marcaba. Seguimos el camino hacia Can Picafort, dejando a la izquierda más canteras, y a la derecha una costa rocosa con pequeños depósitos de arena. Volvemos a dar con otro fragmento de **camino antiguo** con relejes, que mide unos 15 m de longitud. A la izquierda, una minúscula cantera abrió una especie de cráter en el suelo. A menudo estas explotaciones tan reducidas respondían a la extracción de piedra necesaria para construir una barraca o una casa pequeña. En S'Arenal, tierra de canteras, los *trencadors* excavaban una pequeña explotación con la cual levantaban su vivienda, y que luego servía de cisterna.



Homero en Son Real

Aquí en Son Real, entre higuerales, pinares, dunas consolidadas hace siglos, canteras de *marès*, recogedores de *alga*, pervive uno de los misterios más sugestivos de la Mallorca prehistórica. Toni Barceló, que vivió durante más de cuarenta años en la finca, recordaba que don Llorenç Vanrell, el párroco de Can Picafort, ya se lo dijo levantando el índice hacia los labios. “Mirau que estau a un lloc sagrat”.

Don Llorenç era un hombre robusto y jovial. Murió en 2002 a los 98 años. Andaba a grandes zancadas, acompañado por su sempiterno paraguas. Era el modelo de párroco amante de las ruinas y el pasado. A lo largo de sus paseos visitaba a menudo una zona costera que Joan Verger, párroco de Santa Margalida e historiador del siglo XVIII, había llamado Punta des Fenicis. Verger, en un ejercicio imaginativo muy propio de aquellos tiempos augurales, sostenía que los cartagineses habían intentado invadir Mallorca por aquel mismo lugar. Tras tomar tierra, construyeron torres y defensas, dispuestos a ocupar la isla. Pero los honderos, fieros y belicosos, acabaron por derrotarles y obligarles a la huida. Allí, en la Punta des Fenicis, estaban los restos de aquellas construcciones. El

promontorio se había llamado tradicionalmente Sa Torreta, que es como aparece en el mapa de Despuig de 1785. Verger transformó aquella torre, referencia a las tumbas que aparecían medio enterradas, en un pintoresco Cementiri des Fenicis.

Don Llorenç Vanrell, que habría leído a Verger, paseaba entre depósitos de arena, dunas por entre las que asomaban unos bloques muy bien tallados, sugiriendo figuras redondeadas o rectangulares. Algunos vecinos de Santa Margalida, que había escuchado las leyendas sobre tesoros y tumbas escondidas, venían a veces y excavaban patosamente en busca de fortuna. Lo mismo que los turistas desocupados en las tardes de verano. Aquellos saqueos llamaron su atención, y alertó de lo que pasaba al equipo que a finales de los años 50 excavaba en la cercana Pollentia.

Fue así como un grupo de arqueólogos dirigidos por Miguel Tarradell emprendió las excavaciones de la Punta des Fenicis. Los excavadores sacaban a la luz pequeñas estructuras turriformes, tumbas a veces con dos nichos cavados en la roca madre. Los bloques, numerados para su reconstrucción, se amontonaban en la arena. En un rincón, decenas de huesos de aquellos hombres prehistóricos. Era el secreto violado de la tumba. El misterio del pasado.

Las excavaciones de Tarradell acabaron con el mito de los fenicios. Apareció una necrópolis de época talayótica, conectada con otros lugares de tipo funerario como las cámaras excavadas en el cercano Illot des Porros, la Cova de davant s'Illot des Porros, el sepulcro megalítico en las cercanías, y algún otro enterramiento ya muy perdido. “Un lloc sagrat”. Don Llorenç tenía razón. Aquella zona había sido un lugar sagrado desde tiempos inmemoriales. Tarradell publicó un breve trabajo sobre las excavaciones, y los resultados fueron analizados más tarde por Jaume Coll. Pasaron treinta años hasta que Jordi Hernández, reconstruyendo minuciosamente la memoria de las excavaciones y el análisis de los materiales, realizara el primer trabajo completo sobre Son Real (*Son Real. Necrópolis talayótica de la edad del Hierro*. Arqueomediterrània 3 I y II. Barcelona, 1998). Una investigación arqueológica que culminó en 2021.

Una parte importante de la necrópolis original ha desaparecido por la acción de las olas. Pero hay algo especial, una cohesión, una intencionalidad simbólica, que se combina con la enormidad del paisaje. En medio de una costa todavía virgen, con dunas y pinares. A un lado las montañas de La Victòria y la punta occidental de la bahía de Alcúdia, al otro la mole del Cap de Ferrutx. El

paisaje tiene una aerodinámica especial, como si las líneas de fuerza que organizan este escenario se juntasen precisamente sobre el cementerio. De igual modo que si pudiesen lanzarlo con toda su fuerza invisible hacia las alturas del mundo de los muertos.

El problema histórico que plantea es apasionante. ¿Qué hacía aquella gran necrópolis en la orilla del mar? ¿Cuál era su simbolismo? ¿Por qué no existe en toda Mallorca ni en Menorca otra parecida? ¿Cómo explicar su excepcionalidad? ¿Era un cementerio de reyes?

Los materiales más antiguos que aparecieron en las tumbas se remontan a los siglos de Homero, y las construcciones de la primera fase se han datado entre los siglos VII y VI a.C. En ese momento se levantan tumbas monumentales que corresponden a guerreros, sepultados con armas e incluso animales como perros y caballos. Son pocos sepulcros, pero muy singulares y bien construidos. Esos héroes, que tendrían su propio *epos*, su leyenda, su prestigio y carisma, atraen a otras generaciones posteriores. Al igual que ocurrió con los primeros cementerios cristianos, los que podían ser sepultados junto a santos y obispos se consideraban afortunados. En cierto modo se contagiaban espiritualmente de dicha vecindad.

Ahora bien, Son Real era un cementerio de jerarquía. El



número de personas inhumadas resulta extremadamente bajo para la secuencia cronológica que abarca. Eso indica bien a las claras que sólo los jefes y sus familias tenían la condición necesaria para ocupar esa primera fila de los muertos. Garantizarse la supervivencia por medio de un monumento. Castas de guerreros, probablemente convertidos en héroes por la memoria popular, fundadores de estirpes. Hombres de un mundo arcaico, con poblados y monumentos turriformes (los *talaiots*) que servían más para representar el poder y el honor de los caudillos que como elementos de defensa. Los valores serían la tierra y el ganado. Estos grandes jefes se ornaban con objetos de bronce, adornos muchas veces incómodos y pesados. Ceñían grandes espadas más simbólicas que funcionales. Deberían tener un aspecto semejante al de los *bronzetti* sardos. Con largas capas, bastones de mando, objetos sonoros que hacían magia (los tintinábulos y campanillas). La segunda fase cronológica revela la extensión del privilegio, y corresponde a un momento en que la sociedad talayótica abandona lentamente el modelo heroico y guerrero, para consolidarse en un estamento aristocrático. La aparición de los primeros comerciantes del mar modifica la arcaica sociedad talayótica. Ahora se pueden adquirir productos venidos del exterior y para eso

hay que producir un excedente, acumularlo. Las familias gobernantes ganan en medios y fama con ese primer mercadeo. Esta fase, fechada en el siglo V, ya abandona las tumbas turriformes del primer momento. Se construyen las llamadas micronavetas o tumbas de planta absidal, que recuerdan los santuarios talayóticos que funcionaban en las afueras de los poblados y en los sitios sagrados. Algunos historiadores consideran incluso que esa fase ya no puede llamarse talayótica y la denominan postalayótica o baleárica. En el sector norte del yacimiento encontramos otro tipo de sepultura, perteneciente al mismo período en que se construyeron las micronavetas. Su planta es circular u oval y está excavada en el terreno, sobresaliendo muy poco del nivel del suelo. Estas tumbas suelen tener una losa que cubre la fosa, en cuyo interior se ha encontrado siempre un único esqueleto de un hombre adulto. Finalmente, las tumbas evolucionan hacia formas mucho más sencillas y sumarias. Cuadradas, a veces aprovechando los intersticios de las mayores. Corresponden al momento final que se extiende desde el siglo IV al III aC. Después, la necrópolis de Punta des Fenicis parece abandonarse. Los enterramientos se practican en el Illot des Porros. Hay que imaginar uno de aquellos entierros de la época

heroica. Cuando a lo largo de las dunas una procesión acompañase al difunto, vestido con sus galas y signos de poder. Las músicas, los cantos, las lamentaciones. Y allí, junto al mar que parece un escenario metafísico, sería preparado para su última morada. Introducido en una de esas *torres de muertos*. Encogido artificialmente y atado con cuerdas, tal vez como medida precautoria ante posibles venganzas ultratúmbricas. Se le colocarían sus objetos más queridos (tubos con cabellos, espirales de bronce, adornos, puñales, collares, placas de plomo, conchas, amuletos) y algún recipiente con alimentos. Leche o miel para la eternidad. Quizás esas aberturas de que disponen algunas tumbas serían *ventanas de muertos* para introducir más comida, ofrendas que aplacasen el ánimo de los antepasados. Y después de la ceremonia, la soledad. El sonido del mar. La oscuridad. La tumba. Hay algo de aura, como un halo intangible, que sobrevuela ese centenar de estructuras funerarias. Presentimos algo, un contenido, un mito. Pero carecemos de cualquier testimonio. Al menos directo, porque de forma comparativa sí que podemos entender la función de esa ciudad de los muertos. Es tan fácil como leer a Homero.

En cierto modo, el mundo evocado en *La Odisea* y sobre todo en *La Ilíada* tiene algunos paralelismos con la antigüedad talayótica. Los talayóticos vivían en poblados alrededor de una mansión señorial, que correspondía al jefe, guerrero y propietario. Algo parecido al reino de Odisseo, por ejemplo. Sólo que en lugar de un palacio con *megaron*, los honderos se agrupaban en torres de piedra rodeadas de construcciones más pequeñas. La escala era mucho menor y las posibilidades económicas también. Pero sí existe un eco de aquella cultura micénica reinventada por Homero (que vivió cuatrocientos años después de los hechos que narra en sus poemas) en la Mallorca prehistórica. Y desde luego, en el terreno funerario las claves son las mismas. Se da la circunstancia de que Homero describe en *La Ilíada* las ceremonias de la incineración con gran minuciosidad, creyendo que sus antepasados micénicos hacían lo mismo. Pero la arqueología demostró que en esa época se inhumaba. Mientras que posteriormente, en tiempos del poeta ciego, sí se practicaba la cremación. El griego tiene una palabra que resulta clave para comprender el sentido de este cementerio de héroes: la *kléos*. Significaba una mezcla de prestigio, renombre, inmortalidad en la historia o más propiamente lo que entendemos



por gloria y fama. Es decir una especie de sustituto de la permanencia después de la muerte, pero a través del recuerdo y la huella en la comunidad. Para los griegos, los hombres que lograban ser protagonistas de una canción, de un poema, habían logrado la *kléos*. Es como el premio a una existencia gloriosa. El estudioso James M. Redfield en su libro *La tragedia de Héctor* nos da la clave exacta: “La *kléos* se asocia de un modo especial con la sepultura. La sociedad se asegura el recuerdo del muerto creando para él un monumento que perpetúe su nombre y recuerde a los hombres que cuenten su historia. No quedará completamente aniquilado. Así pues, la *kléos* de un hombre es, en alguna manera, una compensación por su propia destrucción”.

La tumba adquiere, en los casos señalados de un héroe, una doble función. Por un lado participa de los ritos de tránsito hacia el más allá, sin los cuales su alma vagaría errante por la eternidad. Y en segundo lugar, asegura esa *kléos* o memoria gloriosa que es como una inmortalidad histórica y poética. El hombre pasa a ser un mito.

No es extraño entonces que *La Ilíada* esté llena de amenazas y promesas de abandonar el cadáver del enemigo a los perros, de no sepultarlo ni entregarlo a los suyos. Era la peor de las suertes. La amenaza más temible. Por-

que el guerrero podía armarse de valor, luchar, intentar ser eficaz y valiente en el combate. Pero una vez muerto, ¿cómo asegurarse de que iban a realizarse los ritos necesarios pasar a la comunidad de los muertos?

La Ilíada nos ha transmitido la desgarradora súplica del joven Patroclo, que ya fallecido se aparece en sueños a su amigo Aquiles. Le pide angustiosamente: “Sepúltame para que transponga pronto las puertas del Hades. Las almas, sombras de los muertos, me expulsan y no me dejan mezclarme con ellas al otro lado del río; y en vano voy errante a las anchas puertas de la morada de Hades. Dame la mano; llorando te lo pido, pues no regresaré del Hades cuando me hayas entregado a la hoguera”.

El difunto sin ritos ni funerales era un doble muerto. No sólo había perdido su vida terrenal, sino también la del otro mundo. Se convertía en una entidad angustiada, perdida, espectral. Qué terrible destino.

Podemos comprender entonces por qué ese esfuerzo de piedra y arquitectura. Por qué ese empeño en lograr que los héroes (los únicos que parecían poder plantearse la inmortalidad, ya que incluso la muerte era clasista) cumplieren su ciclo de tránsito.

La imagen de la tumba como parte de ese ritual está

también muy presente en *La Ilíada*. Cuando Héctor habla a los contendientes y plantea la posibilidad de que el guerrero que se le enfrente muera a sus manos, parece que esté hablando de Son Real: “Llevaré sus armas hasta la santa Ilión y las colgaré en el templo del arquero Apolo; pero enviaré su cuerpo a las sólidas naves para que le entierren los aqueos de largas cabelleras. Y le erigirán una tumba a las orillas del ancho Helesponto. Y algún hombre futuro, navegando un día por el negro mar con su nave sólida, dirá al ver esta tumba de un guerrero muerto ha largo tiempo: ‘Quien aquí yace feneció antaño a manos del ilustre Héctor, cuyo valor era indomable’. Dirá y mi gloria no morirá nunca”.

La *kléos* se relaciona directamente con la sepultura y el túmulo que la marca. Cuando Aquiles acaba de depositar los huesos de Patroclo en una urna de oro, les pide a sus compañeros ser enterrado con su amigo: “No pido un gran sepulcro. Sea, pues, sencillo. Pero después de mi muerte, erigidnos un vasto y enorme túmulo vosotros, aqueos que nos sobreviviréis”.

Las tumbas de Son Real son pequeñas torres, con la misma función que los gigantes túmulos de *La Ilíada*. También los talayóticos practicaron enterramientos que luego cubrieron de elevados túmulos de piedra. Es un

lenguaje universal. La piedra que es perenne garantiza la pervivencia de la *kléos*.

Y la *kléos* es historia.

Porque el hombre antiguo concebía la vida humana como un relato. Era una historia para ser narrada. Por eso los héroes, desafiando el devenir del tiempo, querían un monumento a su altura que fuese el libro inmortal de su leyenda. Los hombres que fueron enterrados en la primera fase de Son Real eran jefes y guerreros. Tendrían un nombre, un linaje, una historia. La gente repetiría sus hazañas o quizás las cantarían. y ellos, cada vez que se les recordara, vivirían un poco. Escaparían de la muerte y el olvido.

Son Real fue el cementerio de nuestros Odiseos, Aquiles, Agamenones, Héctores y Príamos. Pero desgraciadamente sus huesos fueron a parar a lejanas universidades, donde duermen en cajas de cartón o han desaparecido. Su memoria se ha perdido. No sabemos nada de ellos. Pero su *kléos* no ha muerto gracias a este paisaje sobrecogedor de cielo, piedras bien talladas y sombras largas al anochecer. A una pequeña ciudad de los muertos que ha sobrevivido al paso de los siglos y sigue allí, hablando del poder y la majestad de unos hombres que nunca conoceremos.



La necrópolis de la Punta des Fenicis es una pequeña ciudad construida para los muertos.

La necrópolis de la Punta des Fenicis

En este tramo del camino, la **Punta des Fenicis** se extiende ante nosotros. A la izquierda vemos el portal con barrera donde acaban los itinerarios 3 y 4. La Punta des Fenicis es un promontorio triangular que se adentra unos 600 metros en el mar. Está ocupado en su totalidad por una necrópolis prehistórica que constituye sin duda el monumento arqueológico más valioso de Son Real. Desde esta parte del camino podemos apreciar los daños causados por los últimos temporales, que han ido deteriorando la parte más oriental de las tumbas poniendo incluso más restos humanos al descubierto.

Se trata de un conjunto funerario que reproduce algo así como una ciudad en miniatura junto al mar. Tiene una superficie de 800 m² en los cuales han aparecido un centenar de tumbas. Las edificaciones sepulcrales de la Punta des Fenicis tienen la apariencia de un edificio de época talayótica, pero en escala reducida. Originalmente estaban cubiertas por losas de piedra, y probablemente tenían algún tipo de ofrenda o signo cultural exterior.

Este lugar debía de gozar de una alta consideración mágico-religiosa. Los muertos, en aquellos tiempos, eran temidos como una presencia activa. Seguían protegiendo a su comunidad, y por ello había que cuidarlos y honrarlos. Como resulta patente a primera vista, no todas las edificaciones siguen el mismo modelo. De hecho, podemos distinguir **cuatro tipos de tumbas**. Las más antiguas son de planta cuadrada, rectangular o circular. El paramento está muy bien acabado. La que ha sido considerada como la de mayor antigüedad es la denominada Tumba 2. La reconocemos porque es la de planta circular que está más cerca de la parte de tierra. Alrededor suyo vemos otras de ese núcleo original, de planta circular, cuadrada y una rectangular y muy alargada (la Tumba 5, al final de la línea que forman las tres circulares). Esa primera fase ha sido situada entre los siglos VII y VI a.C., con materiales incluso anteriores. Estamos hablando por lo tanto de un momento en que la cultura ibérica peninsular estaba en sus inicios. Un siglo después de la fundación de Roma y de la vida de Homero. Es la fase heroica.

La segunda tipología es fácil de reconocer. Son las llamadas micronavetas o santuarios en miniatura. Las tumbas

tienen un ábside redondeado y un cerramiento recto por su otro extremo, reproduciendo la forma de una nave. Es la misma planta de las navetas funerarias menorquinas (mucho más grandes) y de los santuarios talayóticos. Probablemente querían evocar esos edificios de culto. Corresponden a los siglos VI y V aC, cuando la influencia exterior comienza a ser patente en la Mallorca protohistórica, sobre todo desde la Ibiza púnica. Los tiempos corresponden a la Grecia clásica en su momento de esplendor.

A esta misma época pertenecen las tumbas de la tercera tipología, con planta oval o circular, semienterradas en el terreno y cubiertas por una losa.

La cuarta variación consiste en las tumbas menos espectaculares: la mayoría de planta cuadrada, sencillas, y a veces concebidas como simple aprovechamiento de los espacios intermedios entre monumentos. Es el momento final de la necrópolis, situado entre los siglos IV-III a.C. El mundo vivía entonces las hazañas de Alejandro Magno y las guerras púnicas.

La necrópolis de la Punta des Fenicis es así una síntesis de la prehistoria de Mallorca. Desde la arquitectura ciclópea, simbólica, a las edificaciones mucho más sencillas y funcionales.

Lo primero que se pregunta el visitante es qué contenían esas tumbas tan bien construidas. ¿Quiénes fueron enterrados aquí? Todavía no se puede dar una explicación detallada, pero conocemos muchos aspectos parciales que ayudan a confeccionar un retrato.

En lo que se refiere a los restos humanos, su estudio ha dado algunos resultados interesantes. Por lo que parece, correspondían a individuos de categoría, miembros de una clase dirigente. Así lo delata el carácter grácil de los huesos y la ausencia de muestras de un esfuerzo muscular prolongado. Además, el número de deposiciones funerarias supera escasamente los cuatrocientos individuos. Lo cual teniendo en cuenta los cinco siglos en que pudo funcionar es una proporción reducidísima. De hecho, parece que en la cultura talayótica los enterramientos monumentales eran aristocráticos. Se ignora adónde iban a parar los restos de la clase popular.

Entre los cadáveres estudiados hay una mayor proporción de hombres (44%), frente a las mujeres (37%) y los niños (2%). Ello podría abundar en la creencia de que la sociedad talayótica tuvo un déficit permanente de población femenina, tal como revelan algunos autores clásicos cuando aseguran que las esclavas podían costar hasta

cuatro veces el precio de un esclavo. En cuanto a la edad, la esperanza de vida apenas sobrepasaba los 36 años. Son raros los individuos que llegaban a la cincuentena. La excavación reveló que se practicaba la trepanación, es decir la perforación del cráneo con un objeto abrasivo. En varios casos esa operación se había realizado en vida, puesto que el hueso había logrado regenerarse. Otras veces se realizaron hasta siete trepanaciones después de la muerte. Aunque es un misterio, puede considerarse posible que se tratase desde una primitiva práctica terapéutica en casos de fuertes dolores de cabeza, hasta finalidades mágico-religiosas.

¿Cuál era el contenido de las tumbas? Como se puede contemplar fácilmente, muchas de ellas tienen dos fosas o regatas talladas en la roca. Su función podría haber sido la de colocar allí los huesos de anteriores deposiciones. Los cuerpos eran dispuestos en una posición muy forzada, atados para que permanecieran encogidos. La razón de ello podía consistir en una costumbre ritual (en muchos pueblos primitivos se teme la vuelta de los muertos, tal como apunta Sigmund Freud en *Tótem y tabú*) o una forma de ganar espacio en el sepulcro.

Los materiales hallados en los sepulcros no correspon-



El conjunto funerario comprende distintos tipos de construcciones: de planta circular, cuadrada, absidal e irregular.

den al mito de joyas y tesoros. La cultura talayótica era pobre en recursos, y los hombres y mujeres se dirigían a la ultratumba con sus objetos de prestigio y algunas ofrendas. Se encontraron puñales, espadas, puntas de lanza, cuchillas, hachas de cubo, clavos y punzones. En lo que se refiere a objetos de uso personal, abundan los anillos, brazaletes, espirales que servían de pasadores para el pelo y una fíbula o imperdible con figura de ave. Otro objeto simbólico, común en el mundo talayótico y de incierta función, son las placas decoradas de plomo. Otros discos de metal podrían haber tenido una finalidad musical, ya que iban colgados de una varilla.

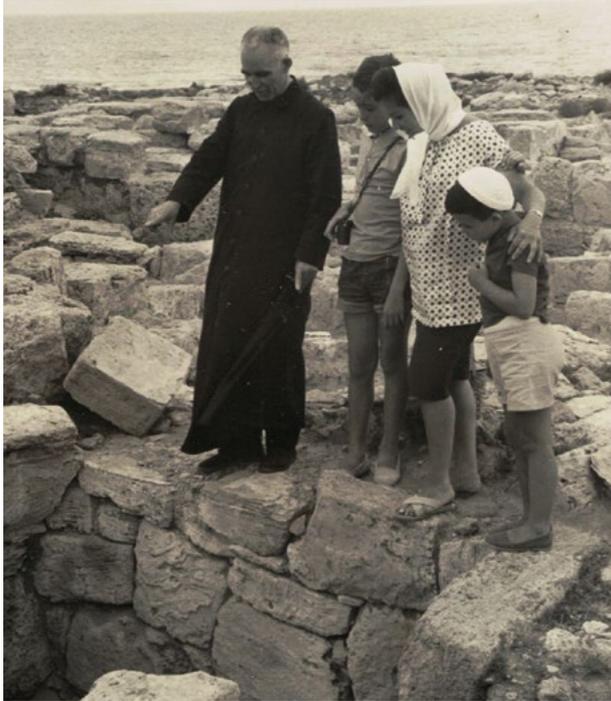
Un objeto propio de esta necrópolis y muy enigmático son los llamados *taps* (tapones). Piezas de fémur de bóvido tallados como si fuesen un tapón de botella. Se desconoce exactamente cuál era su función. En total aparecieron unos 80. Además, se colocaron piezas de cerámica, lucernas, cuentas de pasta vítrea, colgantes e incluso conchas y caracolas. Para hacer un itinerario entre las tumbas hemos de fijarnos en las de planta circular. La primera hacia levante (a nuestra derecha mirando al mar) es la ya citada **Tumba 2**, la más antigua. En ella apareció uno de los cráneos



En la Tumba 1 fue enterrado un hombre con una lesión causada por un proyectil de piedra.

que habían sufrido una trepanación en vida. La circular que está al lado (hacia la izquierda) es la **Tumba 1**, contenía varios esqueletos enteros. El cráneo de uno de ellos presentaba una lesión causada por un objeto pequeño y redondeado, quizás un proyectil de honda. A pesar de la herida se pudo recuperar. Al lado de este sepulcro, hacia la banda de tierra, se distingue la **Tumba 73** que es de las pocas que conserva una puerta. Frente a las tumbas 1 y 2 vemos una más pequeña y con forma de micronaveta. Es la **Tumba 4** y tiene el interés de haber suministrado un cráneo que presentaba una erosión causada por rascado contra un objeto duro. Los pa-

leopatólogos lo interpretan como una caída contra unas rocas afiladas. También presentaba un golpe de objeto metálico contra los dientes. A pesar de todo sobrevivió un tiempo. Entre las ofrendas se habían depositado conchas de ostra, lapa y una barca de sepia. Pegada a la anterior y un poco más hacia el mar vemos otra sepultura interesante. Se ha denominado **Tumba 5** y tiene una estructura rectangular muy alargada, conservando algunas losas de cubierta. Su monumentalidad estaba acorde con el personaje a quien estaba dedicada. Aquí fue sepultado un guerrero con su espada de antenas. Además, sacrificaron a su perro para que le acompa-



Don Llorenç Vanrell, impulsor de las excavaciones, en 1961.



La Tumba 67 contenía dos cráneos acompañados por restos de armas.



La espectacular Tumba 5 correspondía a un guerrero, que fue sepultado junto a un perro.

ñara en su último viaje. También le ofrecieron conchas. En este grupo más cercano al camino destaca igualmente la **Tumba 67**. Se encuentra junto a la última de las tres circulares (la más adelantada). Es de planta cuadrada y tiene dos aberturas verticales muy bien acabadas. Aquí aparecieron dos cráneos y una pezuña de cabra. También se trataba de guerreros, ya que se descubrió la empuñadura de otra espada, fragmentos de la hoja, un brazalete y una punta de lanza. En paralelo, y más hacia tierra, se contempla otra estructura cuadrada: la **Tumba 68**. Aquí fue sepultado otro guerrero prestigioso, puesto que se sacrificó un caballo

para su paso al otro mundo. Llevaba consigo su espada y una punta de lanza. La sepultura navetiforme que linda con ella hacia levante (derecha) es la **Tumba 69**. El cráneo que allí apareció mostraba un traumatismo craneal severo. El agresor se encontraba frente al hombre allí enterrado y le propinó un golpe vertical de arriba a abajo con un objeto metálico. A pesar de la gravedad de la herida, se recuperó. Como vemos, la vida de muchos de los jefes que aquí fueron sepultados resultó bastante agitada. De eso es buena prueba la Tumba 88. Para encontrarla hemos de colocarnos delante de la Tumba 2, la prime-

ra estructura circular (la más oriental). Vemos una tumba navetiforme más hacia nosotros y a la derecha una hilera de tumbas adosadas unas a otras y poco monumentales. La segunda, empezando a contar desde tierra, es la **Tumba 88**. La historia que contiene es apasionante. Aquí reposaba un hombre de más de 50 años, que por lo tanto gozaría de un estatus especial a causa de una edad tan poco habitual. De su importancia es muestra también una placa decorada de plomo, depositada como ofrenda funeraria. Este varón tuvo sin embargo un trágico final. El doctor Domingo Campillo, paleopatólogo que estudió los cráneos de Son Real, estableció exactamente la

secuencia de su muerte. Su agresor le golpeó dos veces con una espada, a uno y otro lado de la cabeza. Y finalmente le remató de un tercer golpe. Saliendo del núcleo de las tres tumbas circulares, vemos perfectamente a la derecha el grupo de sepulcros de la última fase, de planta cuadrada y adosados unos a otros. Si recorremos la Punta des Fenícis podemos contemplar en la parte ya descarnada por el mar varias regatas, que corresponden a tumbas destruidas por las aguas. En el recodo que forma la parte occidental de la Punta des Fenícis hay una playa muy pequeña de arena, uno de los rincones agradables de esta costa.



La necrópolis de la Punta des Fenicis, en primer plano, y al fondo, el núcleo de Can Picafort.

Es Cremat

Continuamos caminando hacia Can Picafort. A nuestra izquierda y detrás de la verja de la finca existe otra **cantera** de pequeñas dimensiones. La costa aparece rocosa, descarnada por las olas, y con depósitos de arena en la segunda fila. Pasamos dos pequeños promontorios y vemos que el vallado gira en ángulo, con un *botador*. Aquí comienza la franja de propiedad privada que interrumpe la finca de Son Real. Son 300 metros entre verja y verja. En este sector podemos ver de nuevo huellas del paso de carros y un altiplano rocoso a nuestra izquierda, que forma una especie de semicírculo.

La Cala que comienza en este punto, en gran parte rocosa, se denomina **Cala s'Arralot**. Pronto vuelve el cercado de la finca, con dos *botadors* más. El primero nos permite internarnos hacia el interior, para conocer la zona denominada **Es Cremat**. El topónimo hace referencia a un incendio ocurrido en 1981, cuando toda esta zona quedó arrasada. Dicen que el fuego comenzó al otro lado de la carretera, y prendió en la piel de un conejo que, al pasar corriendo



Costa cercana a Son Bauló.

el asfalto llevó las llamas hasta aquí. A consecuencia del desastre, esta parte quedó muy dañada. Hoy se contempla sobre todo matorral y algunos árboles jóvenes. La zona arrasada incluye también la parcela privada y parte de la finca al otro lado.

El interés de esta zona no es muy elevado, pero tiene algunos puntos curiosos. Conviene tomar el primer camino que vemos, pasado el *botador*. Aquí en los meses de primavera encontramos numerosas orquídeas, especie protegida que crece en suelos despejados y arenosos como

éste. El camino asciende unos 500 metros, para juntarse después con el trazado de la verja delimitadora. Aquí podemos ver a nuestra derecha una pequeña elevación de 30 m. En su cumbre, muy tapadas por la vegetación, se conservan unas **canteras** abandonadas. Siguiendo el camino vemos poco después a la derecha las ruinas de una **barraca**, seguramente relacionada con esta explotación. Esta parte de Son Real es una típica formación de maquia o *garriga*, desde la cual se contempla el horizonte marino tras una barrera de verdes y de ocre. Si continuamos

caminando hacia el bosque llegaremos a un camino que lleva a la carretera. Es un itinerario poco recomendable durante los meses de más calor.

Na Patana

Pasamos otra punta y contemplamos ya la parte final de la costa de Son Real. En esta zona los temporales dejan numerosos objetos. Desde botellas y envases de plásti-

co hasta zapatos, y cosas insospechadas como cabezas de muñeca. También deposita animales muertos, como delfines o tortugas. Los troncos y maderas adquieren una cualidad especial tras su paso por el mar, quedan emblanquecidos y lisos, con un tacto muy característico.

Entramos ahora en la última playa, bastante frecuentada por los turistas de Can Picafort dada su cercanía. De aquí sale el camino hacia la ruta del torrente, junto a un cartel indicador. A orillas del mar vemos otra **cantera** diminuta, y llegamos al promontorio de Na Patana. Lo más inte-



Nido de ametralladoras de Na Patana o Son Bauló.

resante es el **búnquer** militar que sigue vigilando esta costa. Conserva todavía una puerta con chapa de plomo, y tiene dos troneras laterales hacia occidente y levante, para cubrir esta zona de un posible desembarco. Tanto en Can Picafort como en la zona de Son Serra de Marina

se levantaron construcciones similares. Entramos ya en una zona de dunas, tras la cual aparece un espolón rocoso y después la desembocadura del **Torrent de Son Bauló**. Al otro lado, el núcleo turístico de Can Picafort. Un mundo bien distinto al que acabamos de recorrer.



La Línea Tamarit

Una parte poco conocida del patrimonio son las construcciones militares. El nido de ametralladoras de Na Patana forma parte de lo que se llamó en su tiempo la Línea Tamarit. Desde 1933, cuando Franco era comandante general de las Baleares, se desarrollaron planes para prevenir un hipotético desembarco en las Islas. En 1939 se planeó un sistema a base de dos líneas defensivas: una primera en la costa para evitar el desembarco, y otra segunda más hacia el interior para neutralizar una penetración militar. Todo ello se concretaba en puntos llamados CR o Centros de Resistencia, a veces contruidos expresamente y otras aprovechando cuevas o canteras.

En 1943 se llevó a cabo un plan, dirigido por el coronel Ricardo Fernández de Tamarit, y que recibió por lo tanto el nombre de Línea Tamarit. Se trataba de construir nidos de ametralladora en lugares estratégicos, cubriendo toda la costa. Este propósito tropezó con la grave escasez de materiales para la construcción que padecían las Islas en la postguerra. Algunas de estas fortificaciones se hicieron de cemento, pero otras se terminaron a base de mampostería de *marès*, como es el caso de

ésta de Na Patana. En total hubo unos 150 CR, que en algunos puntos de la costa llegaron a formar una línea considerable. Así ocurrió entre S'Estelella y Cap de ses Salines, donde se alineaban 47 nidos de ametralladora. Estas defensas fueron mantenidas hasta casi los años 70, cuando se construyó la última en Alcúdia. De hecho, la existencia de edificios militares condicionó en algunos casos los proyectos turísticos, que en los años 60 eran totalmente desarrollistas.

Un nido de ametralladoras como el de Na Patana tiene muros de 1,5 metros en la parte expuesta a un ataque. Su emplazamiento era tal que no contemplaba la posibilidad de una evacuación, y debía estar rodeado de alambradas y campos de minas. Tenía una tronera por arma y eje, alojamiento para entre 4 y 8 soldados con agua y víveres. La munición estaba guardada bajo la meseta de las armas, y se cerraba con "puertas metálicas herméticas", con una chimenea para la ventilación.



4. El torrente



Acantilados rocosos en la desembocadura del torrente.

El Torrent de Son Bauló

Para visitar el entorno del **Torrent de Son Bauló** hay dos posibilidades. La más sencilla es salir desde Can Picafort, donde desemboca. De esta manera en pocos minutos llegamos al camino y podemos seguir en paralelo el curso de este caudal de agua, lo que supone 1,5 km de recorrido. Para visitarlo desde de las propias casas de Son Real lo mejor es llegar a la costa y buscar la desembocadura del torrente (lo que supone caminar desde el final del

Camí de s'illa des Porros hasta Can Picafort: unos 1'6 km con tramos de arena).

Si salimos desde Can Picafort, hay que buscar el extremo más oriental del núcleo turístico. Llegamos así a la Platja de Son Bauló, y al lado mismo de hoteles e instalaciones turísticas, vemos la frontera entre dos mundos opuestos. El torrente separa la trama urbana de Can Picafort del bosque, y en la lámina del agua numerosos patos y otras aves acuáticas confraternizan con los turistas, que les dan comida y les fotografían. En caso de fuertes avenidas, el

agua puede llegar a interrumpir la playa y llegar al mar. Pero lo más común es que se forme una barra de arena en la desembocadura, lo que convierte la parte final del torrente en una inmóvil **marisma**. Es por lo tanto un ecosistema de zona húmeda, con plantas propias de ese medio y una abundante fauna.

Hay que fijarse en los pequeños **acantilados** que cierran la parte final del torrente. Son él único residuo de un paisaje fósil. En muchos rincones de la costa de Mallorca los torrentes acaban en medio de paredes rocosas

como ésta, que fueron utilizadas en otros tiempos como refugio e incluso para abrir cuevas de enterramiento. Debemos imaginar por lo tanto que antes del turismo, que aquí se remonta apenas a la década de 1950, lo que hubiésemos visto es un aguazal rodeado de juncos, con un estanque y unos pequeños desmontes de roca.

El Torrent de Son Bauló nace en los alrededores de la finca de Sa Dragonera, en Santa Margalida, y tras un recorrido de unos 6 km llega hasta la costa.

Cruzado el torrente hacia el este, nos encontramos en-



Detalle de los pequeños acantilados en la desembocadura del torrente.

Al lado del torrente hay una gran extensión de pinos.

Zona de dunas cerca del Torrent de Son Bauló.



seguida con un recodo, pasado el cual parte un camino hacia el interior. Encima se extiende un altiplano rocoso de una decena de metros, al que hemos de acceder. Por allí circula un camino de arena bastante transitado que nos lleva hacia el bosque.

Esta ruta es muy frecuentada por caballistas, que han abierto nuevos senderos en medio de las dunas. En esta primera parte llaman la atención los grandes pinos, casi todos inclinados por efecto del viento del norte. Durante todo el itinerario descubriremos todavía los efectos del catastrófico temporal de 2001, con muchos pinos destruidos. Los que se salvaron forman a veces combinaciones de gran belleza, con varios troncos formando una especie de parasol muy agradable en los meses de verano. A la izquierda vemos la verja que señala la propiedad de Son Real, que en este primer tramo tiene dos escaleras de madera o *botadors* que no utilizaremos. Seguimos hacia adelante sin desviarnos hasta que el camino nos conduce a un **portal, con barrera y 'botador'**. Por aquí entramos en la propiedad pública de Son Real.



Caminamos por un paisaje de bosque, en el cual destacan algunos *xiprells* o brezo, que se diferencian por su color oscuro y sus hojas. A nuestra izquierda se levanta una loma boscosa, mientras que a la derecha vemos entre pinos los hoteles y edificios de Son Bauló. El contraste es total.

Unos 200 metros después de entrar en la finca hallamos otro *botador* a la derecha. Apenas 50 metros más adelante, si nos fijamos en la zona de la izquierda veremos un desmonte. Acercándonos descubriremos una pequeña **cantera** de superficie. Es uno de los varios yacimientos que se explotaron en esta zona. Si nos internamos por la vegetación hacia el punto de mayor altura daremos con una cavidad excavada en la roca, que tiene una abertura en su parte superior. Esta cueva artificial suele tener en su interior sillas plegables, hamacas o incluso piedras como si fuesen una mesa. Es un rincón que ha sido tradicionalmente utilizado como escondrijo. A pocos metros, otras antiguas canteras utilizaron los afloramientos de la roca, y han quedado como cavidades medio ocultas por



la maleza. Estamos en uno de los rincones secretos de Son Real.

Volvemos al camino, continuamos avanzando y dejamos una desviación hacia la izquierda, que nos llevaría a la zona de matorral de Es Cremat. Tras pasar por dos explanadas, un antiguo muro de piedra se acerca al sendero. Unos 300 metros después encontramos un **cruce de caminos**.

Si seguimos recto vamos a parar a la carretera, si tomamos el desvío de la izquierda llegamos a Es Cremat. Seguiremos el sendero de la derecha que baja hacia el torrente, pasando por un antiguo *portell* o portal de piedra. Descendemos y damos con la verja que señala el límite de la propiedad. Podemos cruzarla por un *botador* y ya estamos en el lecho del **Torrent de Son Bauló**. Llama la atención la amplitud de la zona de aluvión. Es una

Juncos y vegetación en la parte interior del torrente.

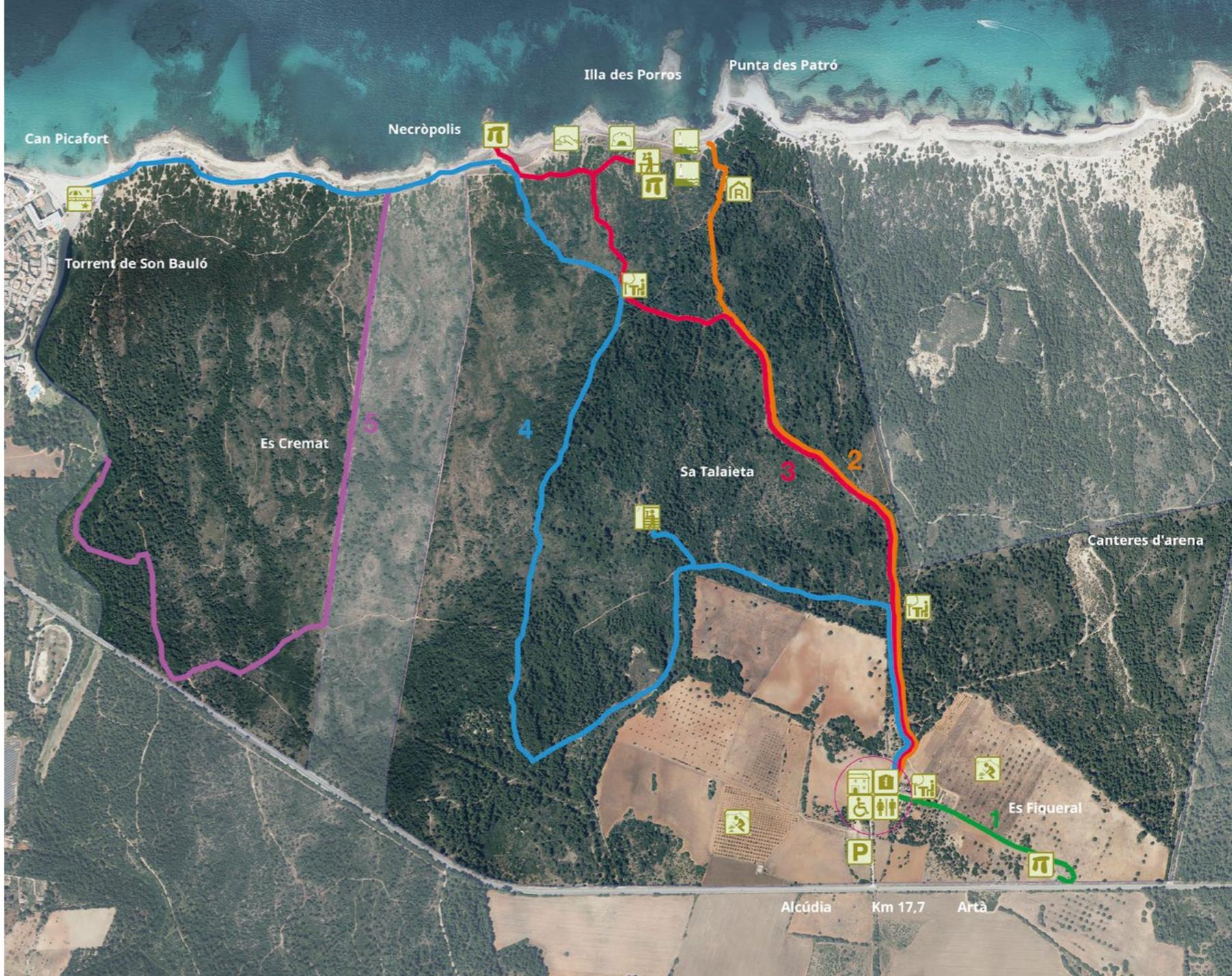
llanura que en esta parte puede tener una anchura de 100 metros. Este valle fue formado por las avenidas de siglos y siglos. Pero el caudal parece haberse reducido en los últimos tiempos, ya que podemos contemplar perfectamente el estrecho riachuelo por donde transcurren las aguas, muy marcado por grandes junqueras. Es una tierra fértil que en otros tiempos se aprovecharía para el ganado y la agricultura, pero que hoy permanece abandonada. Este es otro rincón insólito, a dos pasos de Can Picafort, pero perdido en el tiempo.

Si seguimos el curso hacia el mar podemos ver un muro de piedra y al otro lado del valle un antiguo aljibe, muy cerca de una gran encina. Desde aquí un sendero lleva directamente hasta Can Picafort. Sin embargo, el curso del torrente no se puede seguir mucho más ya que está completamente enmascarado por la vegetación. Podemos ver el inicio del curso de agua, en un pequeño remanso de aguas oscuras. Este espacio final del torrente fue con mucha probabilidad utilizado como puerto en la antigüedad. En tiempos protohistóricos y romanos, los puertos consistían en torrentes con un lecho de arena donde varar las barcas. Dado que el nivel del mar era diferente y el torrente no estaría tan colmatado, muchos lugares como este fondo tendrían entonces aguas vivas. Lo

mismo ocurre en paleopuertos como los de Palma (que llegaba hasta la Rambla) o Portocristo (que remontaba Es Riuet hacia el interior). La espesa vegetación que ocupa las laderas de este valle oculta muchos sillares de piedra, algunos de los cuales podrían corresponder a construcciones antiguas. Podemos seguir la senda que remonta el curso del torrente hasta llegar al puente por donde circula la carretera, junto a Son Vent. Esta pequeña llanura tan fértil sería un paisaje mucho más humanizado y bien distinto hace unas centurias. Hoy, como la mayoría de los torrentes mallorquines, duerme en el olvido. Volviendo sobre nuestros pasos, encontramos de nuevo el cruce de caminos. Continuaremos en la dirección sur, por la que habíamos llegado (girando por lo tanto hacia la derecha). Bordeamos el trazado de un antiguo muro de *paret seca*, medio oculta por la vegetación. Un trecho después vemos a la izquierda la boca de un **pozo**. Tras pasar bajo los cables de electricidad, ya estamos muy cerca de la carretera.

Plano de Son Real

■ Itinerario 1 ■ Itinerario 2 ■ Itinerario 3 ■ Itinerario 4 ■ Itinerario 5



Libros de Son Real

- RAFAEL BORDOY I POMAR. *Camins oberts a l'alba*. El Gall, 2007.
- CARLOS GARRIDO. *Son Real, la Mallorca perenne*. Diversitat 21, 2003.